



Timothy Snyder

SOBRE LA, TIRANÍA

Veinte lecciones
que aprender del siglo xx

se

La historia no se repite, pero sí alecciona.

Tanto el nazismo como el comunismo fueron reacciones a la globalización: a las desigualdades reales o imaginadas que creaba, y a la aparente impotencia de las democracias para afrontarlas. Eran movimientos en los que un líder o un partido decían dar voz al pueblo, prometían protegerlo de las amenazas globales existentes y rechazaban la razón en favor del mito. La historia europea nos muestra que las sociedades pueden quebrarse, las democracias pueden caer, la ética puede venirse abajo y la gente corriente puede encontrarse en situaciones inimaginables. Hoy en día nos resultaría muy útil comprender por qué.

La historia puede familiarizar y puede servir de advertencia. No somos más sabios que los europeos que vieron cómo la democracia se rendía ante el autoritarismo durante el siglo xx. Pero cuando el orden político parece amenazado, nuestra ventaja es que podemos aprender de su experiencia para impedir el avance de la tiranía. Ahora es un buen momento para hacerlo.

Este libro presenta veinte lecciones que aprender del siglo xx, adaptadas a las circunstancias de hoy.



Timothy Snyder

Sobre la tiranía

Veinte lecciones que aprender
del siglo xx

ePub r1.0

Titivillus 17.04.2018

Título original: *On Tyranny*
Timothy Snyder, 2017
Traducción: Alejandro Pradera Sánchez
Imagen de portada: Estudio Pep Carrió

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



TIMOTHY SNYDER

Sobre la tiranía

Veinte lecciones que aprender
del siglo XX

Traducción de
Alejandro Pradera



Índice de contenido

Prólogo: La historia y la tiranía

1. No obedezcas por anticipado
2. Defiende las instituciones
3. Cuidado con el Estado de partido único
4. Asume tu responsabilidad por el aspecto del mundo
5. Recuerda la ética profesional
6. Desconfía de las fuerzas paramilitares
7. Sé reflexivo si tienes que ir armado
8. Desmárcate del resto
9. Trata bien nuestra lengua
10. Cree en la verdad
11. Investiga
12. Mira a los ojos y habla de cosas cotidianas
13. Practica una política corporal
14. Consolida una vida privada
15. Contribuye a las buenas causas
16. Aprende de tus conocidos de otros países
17. Presta atención a las palabras peligrosas
18. Mantén la calma cuando ocurra lo impensable
19. Sé patriota
20. Sé todo lo valiente que puedas

Epílogo: La historia y la libertad

Autor

En política, que a uno le engañen no es excusa.

LESZEK KOŁAKOWSKI

Prólogo

La historia y la tiranía

La historia no se repite, pero sí alecciona. Cuando los padres fundadores debatían la Constitución de Estados Unidos, recurrián a las enseñanzas de la historia que conocían. Preocupados ante la posibilidad de que la república democrática que imaginaban acabara desmoronándose, meditaban sobre la caída en la oligarquía y el imperio de las democracias y repúblicas de la antigüedad. Sabían muy bien que Aristóteles había advertido de que la desigualdad conllevaba inestabilidad, mientras que Platón estaba convencido de que los demagogos se aprovechaban de la libertad de expresión para erigirse en tiranos. Al fundamentar su república democrática en el derecho, y al establecer un sistema de frenos y contrapesos, los padres fundadores pretendían evitar ese mal que ellos, igual que los antiguos filósofos, denominaban *tiranía*. Tenían en mente la usurpación del poder por un solo individuo o grupo, o la posibilidad de que los gobernantes burlaran las leyes en su propio beneficio. Desde entonces, una gran parte del debate político en Estados Unidos ha tenido que ver con el problema de la tiranía en el seno de la sociedad estadounidense: por ejemplo, sobre los esclavos y sobre las mujeres.

Tener en cuenta la historia cuando nuestro orden político parece estar amenazado es una tradición fundamental de Occidente. Si hoy nos preocupa que el experimento estadounidense se ve amenazado por la tiranía, podemos seguir el ejemplo de los padres fundadores y considerar la historia de otras democracias y repúblicas. La buena noticia es que tenemos a mano ejemplos más recientes y relevantes que la antigua Grecia y la antigua Roma. La mala noticia es que la historia de la democracia moderna es también una historia de declive y caída. Desde que las colonias americanas declararon su independencia de una monarquía británica que los fundadores calificaban de «tiránica», la historia de Europa ha asistido a tres importantes momentos democráticos: en 1918, tras la Primera Guerra Mundial; en 1945, tras la Segunda Guerra Mundial; y en 1989, tras el fin del comunismo. Muchas de las democracias fundadas en esas coyunturas fracasaron en unas circunstancias que se asemejan a las nuestras en algunos aspectos importantes.

La historia puede familiarizar, y puede servir de advertencia. A finales del siglo XIX, al igual que a finales del siglo XX, la expansión del comercio mundial generó expectativas de progreso. A principios del siglo XX, igual que a principios del siglo XXI, esas esperanzas fueron puestas en entredicho por nuevas visiones de la política de masas en las que un líder o un partido afirmaban representar directamente la voluntad del pueblo. Las democracias europeas cayeron en el autoritarismo de derechas y el fascismo durante las décadas de 1920 y 1930. La Unión Soviética

comunista, fundada en 1922, extendió su modelo a Europa en la década de 1940. La historia europea del siglo xx nos enseña que las sociedades pueden quebrarse, las democracias pueden caer, la ética puede venirse abajo, y un hombre cualquiera puede acabar plantado al borde de una fosa de la muerte con una pistola en la mano. Hoy en día nos resultaría muy útil comprender por qué.

Tanto el fascismo como el comunismo fueron reacciones a la globalización: a las desigualdades reales o imaginadas que creaba, y a la aparente impotencia de las democracias para afrontarlas. Los fascistas rechazaban la razón en nombre de la voluntad, negando la verdad objetiva en aras de un mito glorioso formulado por unos líderes que afirmaban encarnar la voz del pueblo. Le pusieron rostro a la globalización, argumentando que sus complejos desafíos obedecían a una conspiración contra la nación. Los fascistas gobernaron durante un par de décadas, dejando tras de sí un legado intelectual intacto que cada día va adquiriendo mayor relevancia. Los comunistas gobernaron durante mucho más tiempo, casi siete décadas en la Unión Soviética, y más de cuatro décadas en gran parte de Europa del Este. Planteaban que las tareas de gobierno estuvieran en manos de una disciplinada élite de partido, que tenía el monopolio de la razón, y que debía guiar a la sociedad hacia un futuro cierto, conforme a las leyes supuestamente inmutables de la historia.

Podríamos caer en la tentación de pensar que nuestro legado democrático nos protege automáticamente de tales amenazas. Se trata de un reflejo equivocado. Nuestra tradición nos exige que examinemos la historia para comprender las profundas fuentes de la tiranía y que reflexionemos sobre la respuesta adecuada que hay que darle. No somos más sabios que los europeos que vieron cómo la democracia daba paso al fascismo, al nazismo o al comunismo durante el siglo xx. Nuestra única ventaja es que nosotros podríamos aprender de su experiencia. Ahora es un buen momento para hacerlo.

Este libro presenta veinte lecciones del siglo xx, adaptadas a las circunstancias de hoy.

1

No obedezcas por anticipado

La mayor parte del poder del autoritarismo le ha sido otorgado libremente. En tiempos como estos, los individuos se anticipan a lo que querrá un gobierno más represivo, y después se ofrecen sin que nadie se lo pida. Un ciudadano que se adapta de esa manera está enseñándole al poder lo que es capaz de hacer.

LA obediencia anticipatoria es una tragedia política. Puede que en un primer momento los gobernantes no supieran que los ciudadanos estaban dispuestos a transigir con este valor o con aquel principio. Tal vez, al comienzo, un nuevo régimen no tuviera los medios directos para influir sobre los ciudadanos en un sentido o en otro. Después de las elecciones de 1932 en Alemania, que llevaron a los nazis al gobierno, o tras las elecciones de 1946 en Checoslovaquia, donde los comunistas lograron la victoria, el siguiente paso crucial fue la obediencia anticipatoria. Gracias a que en ambos casos un número suficiente de personas brindaron voluntariamente sus servicios a los nuevos líderes, tanto los nazis como los comunistas se dieron cuenta de que podían avanzar rápidamente hacia un cambio total de régimen. Y después ya resultó imposible revertir los primeros e irresponsables actos de conformidad.

A principios de 1938, Adolf Hitler, para entonces plenamente afianzado en el poder en Alemania, amenazaba con anexionarse la vecina Austria. Una vez que el canciller austriaco se dio por vencido, fue la obediencia anticipatoria de los austriacos lo que decidió el triste destino de los judíos de ese país. Los nazis austriacos locales apresaban a los judíos y les obligaban a fregar las calles para eliminar los símbolos de la Austria independiente. Y lo más crucial fue que las personas que no eran nazis contemplaban aquellas escenas con interés y regocijo. Los nazis, que habían elaborado listas de los bienes de los judíos, robaban todo lo que podían. Y lo más crucial fue que muchos otros que no eran nazis participaron en el robo. Como recordaba la teórica política Hannah Arendt, «cuando las tropas alemanas invadieron el país y los vecinos gentiles comenzaron a organizar disturbios ante las casas de los judíos, los judíos austriacos empezaron a suicidarse».

La obediencia anticipatoria de los austriacos en marzo de 1938 les enseñó a los altos gerifaltes nazis lo que podían hacer. Fue precisamente en Viena, en agosto de aquel mismo año, donde Adolf Eichmann estableció la Oficina Central para la Emigración de los Judíos. En noviembre de 1938, siguiendo el ejemplo que habían dado los austriacos en marzo, los nazis alemanes organizaron el pogromo a escala nacional conocido como la «Noche de los cristales rotos».

En 1941, cuando Alemania invadió la Unión Soviética, las SS tomaron la iniciativa de idear los métodos para asesinar en masa, sin que nadie les diera la orden de hacerlo. Supusieron lo que querían sus superiores y demostraron lo que se podía hacer. Era mucho más de lo que Hitler había imaginado.

Al principio, la obediencia anticipatoria significa adaptarse instintivamente, sin reflexionar, a una nueva situación. ¿Acaso tan solo los alemanes hacen cosas así? El psicólogo estadounidense Stanley Milgram, al reflexionar sobre las atrocidades cometidas por los nazis, quiso demostrar que existía una personalidad autoritaria particular que explicaba por qué los alemanes se comportaron así. Ideó un experimento para verificar su hipótesis, pero no consiguió que le dieran permiso para llevarlo a cabo en Alemania. Así que acabó realizándolo en un edificio de la Universidad de Yale en 1961, más o menos en la misma época en que estaban

juzgando a Adolf Eichmann en Jerusalén por su participación en el Holocausto de los nazis contra los judíos.

Milgram les dijo a los sujetos de su estudio (entre los que había estudiantes de Yale y también vecinos de New Haven) que iban a tener que administrar una descarga eléctrica a otros participantes en un experimento sobre el aprendizaje. Pero en realidad, las personas a las que habían conectado unos cables al otro lado de una ventanilla estaban compinchados con Milgram, y tan solo fingían sufrir las descargas. Mientras los sujetos (creían que) administraban las descargas a los individuos (que ellos creían) participantes en un experimento sobre aprendizaje, contemplaban escenas espantosas. Unas personas a las que no conocían, y contra las que no tenían motivo de queja alguno, parecían estar sufriendo enormemente, pues aporreaban el cristal y se quejaban de dolores en el corazón. Aun así, la mayoría de los sujetos cumplió las instrucciones de Milgram y siguió aplicando (lo que ellos creían que eran) descargas cada vez mayores, hasta que pareció que la víctima estaba muerta. Incluso quienes no llegaron al final, hasta el extremo de matar (aparentemente) a otro ser humano, se marchaban sin preguntar por el estado de salud del otro participante.

Milgram comprendió que las personas son extraordinariamente receptivas a las nuevas normas en un nuevo escenario. Están sorprendentemente dispuestas a hacer daño y a matar a otros en aras de algún nuevo cometido si así se lo ordena una nueva autoridad. «Observé tanta obediencia —recordaba Milgram—, que apenas vi la necesidad de trasladar el experimento a Alemania».

2

Defiende las instituciones

Son las instituciones las que nos ayudan a conservar la decencia. Ellas también necesitan nuestra ayuda. No hables de «nuestras instituciones» a menos que las hagas tuyas por el procedimiento de actuar en su nombre. Las instituciones no se protegen a sí mismas. Caen una tras otra a menos que cada una de ellas sea defendida desde el principio. De modo que elige una institución que te importe —un tribunal, un periódico, una legislación, un sindicato— y ponte de su parte.

TENDEMOS a presuponer que las instituciones se sostendrán automáticamente incluso frente a los ataques más directos. Ese fue justamente el error que cometieron muchos judíos alemanes respecto a Hitler y los nazis después de que formaran gobierno. Por ejemplo, el 2 de febrero de 1933, un importante periódico para lectores judíos alemanes publicaba un editorial donde manifestaba su desatinada confianza:

No suscribimos el punto de vista de que el señor Hitler y sus amigos, que por fin están en posesión del poder que tanto tiempo llevaban deseando, vayan a poner en práctica las propuestas que circulan [en los periódicos nazis]: no van a privar a los judíos de sus derechos constitucionales, ni a encerrarlos en guetos, ni a someterlos a los impulsos envidiosos y homicidas del populacho de la noche a la mañana. No pueden hacerlo porque hay numerosos factores cruciales que ponen freno a los poderes [...] y claramente ellos no quieren ir por ese camino. Cuando uno actúa como una potencia europea, todo el entorno tiende a la reflexión ética sobre su mejor yo, y a no insistir en sus antiguas posturas de oposición.

Ese era el punto de vista de muchas personas razonables en 1933, igual que lo es hoy en día de muchas personas razonables. El error consiste en presuponer que los gobernantes que han accedido al poder a través de las instituciones no pueden modificar ni destruir esas mismas instituciones —aunque eso sea exactamente lo que han anunciado que van a hacer. A veces los revolucionarios sí pretenden destruir todas las instituciones simultáneamente. Ese fue el enfoque de los bolcheviques rusos. A veces se priva a las instituciones de vitalidad y de funciones, se las convierte en un simulacro de lo que eran antaño, de modo que se ajustan al nuevo orden en vez de resistirse a él. Es lo que los nazis denominaban *Gleichschaltung* (coordinación).

Hizo falta menos de un año para que se consolidara el nuevo orden nazi. A finales de 1933 Alemania ya se había convertido en un Estado de partido único donde las instituciones más importantes habían sido doblegadas. En noviembre de aquel año, las autoridades alemanas celebraron elecciones parlamentarias (sin oposición) y un referéndum (sobre un asunto del que todo el mundo sabía cuál era la respuesta «correcta») para confirmar el nuevo orden. Algunos judíos alemanes votaron como los líderes nazis querían que lo hicieran, con la esperanza de que aquel gesto de lealtad estableciera un vínculo entre ellos y el nuevo sistema. Era una esperanza vana.

3

Cuidado con el Estado de partido único

Los partidos que rehicieron estados y eliminaron a sus rivales no fueron omnipotentes desde el principio. Se aprovecharon de un momento histórico para hacerles la vida imposible a sus adversarios. Así pues, apoya el sistema multipartidista y defiende las normas de las elecciones democráticas. Vota en las elecciones locales y estatales siempre que puedas. Considera la posibilidad de presentarte como candidato.

THOMAS Jefferson probablemente nunca dijo que «la vigilancia eterna es el precio de la libertad», pero otros estadounidenses de su época desde luego sí lo hicieron. Hoy en día, al pensar en esta máxima, nos imaginamos que nuestra legítima vigilancia se dirige hacia fuera, contra otros, contra unos terceros insensatos y hostiles. Nos vemos a nosotros mismos como una ciudad en lo alto de un monte, como un baluarte de la democracia, atentos a las amenazas que puedan venir del exterior. Pero el sentido de esa máxima era totalmente distinto: que la naturaleza humana es tal que la democracia estadounidense debe ser defendida de los *estadounidenses* que pudieran aprovecharse de sus libertades para provocar su final. En realidad, quien dijo que «la vigilancia eterna es el precio de libertad» fue el abolicionista estadounidense Wendell Phillips. Y añadía que «el maná de la libertad del pueblo debe recogerse cada día, porque si no se pudre».

El historial de la democracia europea moderna confirmó la sabiduría de esas palabras. Durante el siglo XX se asistió a intentos serios de extender el derecho al voto y de consolidar democracias duraderas. Sin embargo, las democracias creadas tras la Primera Guerra Mundial (y la Segunda) a menudo se derrumbaron cuando un solo partido se hizo con el poder gracias a algún tipo de combinación entre unas elecciones y un golpe de Estado. Un partido envalentonado por un resultado electoral favorable, o motivado por la ideología, o ambas cosas, podía cambiar el sistema desde dentro. Cuando a los fascistas, a los nazis o a los comunistas les fue bien en las elecciones durante los años treinta o cuarenta, lo que vino a continuación fue algún tipo de combinación entre el espectáculo, la represión y la «táctica del salchichón», que consiste en ir cortando lonchas de la oposición de una en una. La mayoría de la gente estaba distraída, algunos fueron encarcelados, y otros se vieron desbordados.

El protagonista de una novela de David Lodge dice que uno no sabe, cuando está haciendo el amor por última vez, que está haciendo el amor por última vez. Pues con el voto pasa lo mismo. Algunos alemanes que votaron al partido nazi en 1932 sin duda eran conscientes de que aquellas podrían ser las últimas elecciones sustancialmente libres durante algún tiempo, pero la mayoría no lo sabía. Probablemente una parte de los checos y eslovacos que votaron al partido comunista de Checoslovaquia en 1946 eran conscientes de que estaban votando a favor del final de la democracia, pero la mayoría suponía que habría otra oportunidad. No cabe duda de que los rusos que votaron en 1990 no pensaban que aquellas iban a ser las últimas elecciones libres y justas de la historia de su país^[1], pero (hasta ahora) lo han sido. Cualquier convocatoria electoral puede ser la última, o por lo menos la última para el votante durante el resto de su vida. Los nazis permanecieron en el poder hasta que perdieron una guerra mundial en 1945, y los comunistas checoslovacos hasta que su sistema se derrumbó en 1989. La oligarquía rusa que se consolidó tras las elecciones de 1990 sigue funcionando, y promueve una política exterior diseñada para destruir la democracia en el resto del mundo.

¿La historia de la tiranía es aplicable a Estados Unidos? Indudablemente, los

primeros estadounidenses que hablaban de «vigilancia eterna» pensaban que sí. La lógica del sistema que idearon servía para mitigar las consecuencias de nuestras imperfecciones reales, no para celebrar nuestra perfección imaginaria. Indudablemente nos enfrentamos, al igual que los antiguos griegos, al problema de la oligarquía, cada vez más amenazador a medida que la globalización incrementa las desigualdades económicas. La estrañaria idea estadounidense de que dar dinero a las campañas electorales es libertad de expresión implica que los muy ricos disponen de mucha más expresión, y por consiguiente, a todos los efectos, más poder de voto que los demás ciudadanos. Estamos convencidos de que contamos con frenos y contrapesos, pero casi nunca nos hemos enfrentado a una situación como la actual: cuando el menos popular de nuestros dos partidos controla todas las palancas del poder a nivel federal, así como la mayoría de los parlamentos de los estados de la Unión. El partido que ejerce semejante control propone pocas políticas que resulten populares entre la sociedad en general, y muchas que son generalmente impopulares, y, por consiguiente, a ese partido no le queda más remedio que temer a la democracia o debilitarla.

Otro proverbio de los comienzos de Estados Unidos decía que «donde se acaban las elecciones anuales, empieza la tiranía». Al echar la vista atrás, ¿acabaremos viendo las elecciones de 2016 de forma muy parecida a como los rusos ven las elecciones de 1990, o los checos las elecciones de 1946, o los alemanes las elecciones de 1932? Eso, por ahora, depende de nosotros. Es preciso hacer muchas cosas para arreglar un sistema amañado, de modo que cada ciudadano tenga un voto igual y que cada voto simplemente pueda ser contado por un conciudadano. Necesitamos papeletas de papel, porque no se pueden manipular a distancia, y siempre pueden recontarse. Ese tipo de tareas pueden hacerse a nivel local y estatal. Podemos estar seguros de que las elecciones de 2018, suponiendo que se celebren, pondrán a prueba las tradiciones estadounidenses. Así pues, queda mucho por hacer mientras tanto.

4

Asume tu responsabilidad por el aspecto del mundo

Los símbolos de hoy hacen posible la realidad de mañana. Fíjate en las esvásticas y demás signos de odio. No apartes la mirada ni te acostumbres a ellos. Retíralos tú mismo y da ejemplo para que otros también lo hagan.

LA vida es política, no porque al mundo le importe cómo te sientas tú, sino porque el mundo reacciona a lo que tú hagas. Las mínimas decisiones que tomamos son en sí una especie de voto, y hacen más o menos probable que se celebren elecciones libres y justas en el futuro. En la política de lo cotidiano, nuestras palabras y nuestros gestos, o su ausencia, son muy importantes. Unos cuantos ejemplos extremos (y no tan extremos) del siglo xx pueden mostrarnos por qué.

En la Unión Soviética, en tiempos de Iósif Stalin, los carteles de propaganda retrataban a los agricultores prósperos como cerdos —una deshumanización que, en un escenario rural, claramente sugiere la matanza. Eso fue a principios de la década de 1930, cuando el Estado soviético intentaba dominar a la población rural y extraer capital para una industrialización intensiva. Los campesinos que tenían más tierra o más ganado que los demás fueron los primeros en perder lo que tenían. Un vecino al que se retrata como un cerdo es alguien a quien se le pueden arrebatar sus tierras. Pero quienes siguieron aquella lógica simbólica a su vez se convirtieron en víctimas. Tras poner a los campesinos más pobres en contra de los más ricos, el poder soviético requisó las tierras de todo el mundo para las nuevas granjas colectivizadas. La colectivización, una vez concluida, provocó la inanición de gran parte del campesinado soviético. Millones de personas en la Ucrania soviética, en el Kazajistán soviético y en la Rusia soviética murieron de una forma horrible y humillante entre 1930 y 1933. Antes de que terminara la hambruna, los ciudadanos soviéticos llegaron a trocear los cadáveres para comer carne humana.

En 1933, cuando el hambre en la Unión Soviética alcanzaba su punto álgido, el partido nazi llegó al poder en Alemania. En la euforia de la victoria, los nazis intentaron organizar un boicot a las tiendas de los judíos. Al principio la campaña no tuvo demasiado éxito. Pero la práctica de marcar una empresa como «judía» y otra como «aria» con pintura en las ventanas o en las paredes sí afectó a la forma de pensar de los alemanes acerca de la economía doméstica. Una tienda marcada como «judía» no tenía futuro. Se convertía en objeto de planes codiciosos. Al imponer a los bienes una etiqueta étnica, la envidia modificó la ética. Si las tiendas podían ser «judías», ¿por qué no otras empresas e inmuebles? El deseo de que los judíos pudieran llegar a desaparecer, un deseo tal vez reprimido al principio, fue creciendo, espoleado por la codicia. Así, los alemanes que marcaban las tiendas como «judías» participaron en el proceso por el que efectivamente los judíos acabaron desapareciendo —igual que los que se conformaban con mirar. Aceptar aquellas marcas como parte de un paisaje urbano aceptable equivalía ya de por sí a transigir con un futuro homicida.

Es posible que algún día te ofrezcan la oportunidad de exhibir símbolos de lealtad. Asegúrate de que esos símbolos incluyen a tus conciudadanos en vez de excluirlos. Incluso la historia de las insignias de las solapas dista mucho de ser inocente. En 1933, en la Alemania nazi, la gente llevaba insignias en la solapa que decían «Sí» durante las elecciones y el referéndum que confirmaron el Estado de

partido único. En 1938, en Austria, gente que anteriormente no era nazi empezó a llevar en la solapa insignias con la esvástica. Lo que podría parecer un gesto de orgullo puede ser una fuente de exclusión. En la Europa de las décadas de 1930 y 1940 algunos optaron por llevar una esvástica, y después otros tuvieron que llevar una estrella amarilla.

La fase final de la historia del comunismo, cuando ya nadie creía en la revolución, nos ofrece una última lección sobre los símbolos. Incluso cuando los ciudadanos están desmoralizados, y lo único que quieren es que les dejen en paz, los distintivos públicos pueden seguir sosteniendo un régimen tiránico. Cuando los comunistas checoslovacos ganaron las elecciones en 1946 y después procedieron a reclamar todo el poder tras un golpe de Estado en 1948, muchos ciudadanos checoslovacos estaban eufóricos. Cuando el pensador disidente Václav Havel escribió «El poder de los sin poder» treinta años después, en 1978, explicaba la continuidad de un régimen opresivo en cuyas metas e ideología ya creía muy poca gente. Havel presentaba la parábola de un tendero que coloca un cartel que dice: «¡Trabajadores del mundo, uníos!» en el escaparate de su tienda.

No es que el hombre comparta realmente el contenido de esa cita de *El manifiesto comunista*. Coloca el cartel en el escaparate para poder retirarse a su vida cotidiana sin tener problemas con las autoridades. Cuando todo el mundo obedece a esa misma lógica, la esfera pública se cubre de símbolos de lealtad, y la resistencia se convierte en algo impensable. En palabras de Havel:

Hemos visto que el sentido real del eslogan del tendero no coincide con el texto. Como quiera que sea, este significado real es muy claro y, de ordinario, comprensible. Existe en realidad un código: el tendero ha declarado su lealtad [...] de la única manera que el poder social es receptivo: es decir, aceptando el *ritual* preestablecido, aceptando la «apariencia» como realidad, aceptando las «reglas del juego». Al hacer esto ha entrado él mismo en el juego, [...] ha permitido al juego avanzar, continuar, en resumen ha permitido que se jugara^[2].

¿Y qué pasa, se preguntaba Havel, si nadie juega a ese juego?

5

Recuerda la ética profesional

Cuando los líderes políticos dan mal ejemplo, el compromiso profesional con las buenas prácticas adquiere mayor importancia. Resulta difícil subvertir un Estado regido por el imperio de la ley sin abogados, o celebrar juicios farsa sin jueces. Los autoritarios necesitan funcionarios obedientes, y los directores de los campos de concentración buscan empresarios interesados en la mano de obra barata.

ANTES de la Segunda Guerra Mundial, el abogado personal de Hitler era un hombre llamado Hans Frank. Después de que Alemania invadiera Polonia en 1939, Frank se convirtió en gobernador general de la Polonia ocupada, una colonia alemana donde fueron asesinados millones de ciudadanos polacos judíos y de otras etnias. En una ocasión Frank alardeó de que no había suficientes árboles para fabricar el papel de los carteles que harían falta para anunciar todas las ejecuciones. Frank afirmaba que el derecho estaba al servicio de la raza, de modo que lo que parecía ser bueno para la raza era, por consiguiente, el derecho. Con argumentos así, los abogados alemanes podían convencerse de que las leyes y las normas estaban ahí al servicio de sus proyectos de conquista y de destrucción, en vez de para entorpecerlos.

El hombre que Hitler eligió para supervisar la anexión de Austria, Arthur Seyss-Inquart, era un abogado que posteriormente dirigió la ocupación de los Países Bajos. Los abogados estaban sobrerepresentados entre los comandantes de los *Einsatzgruppen*, las fuerzas especiales que llevaron a cabo los asesinatos en masa contra los judíos, los gitanos, las élites polacas, los comunistas, los discapacitados y otros colectivos. Doctores alemanes (y de otras nacionalidades) participaron en los atroces experimentos médicos que se realizaban en los campos de concentración. Empresarios de I. G. Farben y otras compañías alemanas explotaban la mano de obra de los presos de los campos de concentración, de los judíos de los guetos y de los prisioneros de guerra. Los funcionarios, desde los ministros hasta las secretarias, supervisaban y dejaban constancia de todo.

Si los abogados hubieran cumplido la norma de que no puede haber ejecución sin juicio, si los médicos hubieran aceptado la regla de que no puede practicarse una operación sin consentimiento, si los empresarios hubieran acatado la prohibición de la esclavitud, si los burócratas se hubieran negado a realizar el papeleo que tuviera que ver con el asesinato, el régimen nazi habría tenido muchas más dificultades para cometer las atrocidades por las que lo recordamos.

Las profesiones pueden crear modalidades de conversación ética que resultan imposibles entre un individuo solitario y un gobierno distante. Si los miembros de las profesiones se ven a sí mismos como grupos con unos intereses comunes, con unas normas y unas reglas que les obligan en todo momento, pueden adquirir más confianza y, de hecho, cierto tipo de poder. La ética profesional debe guiarnos precisamente cuando nos dicen que la situación es excepcional. Entonces no puede haber algo como «limitarse a cumplir órdenes». Sin embargo, si los miembros de las profesiones confunden su ética específica con las emociones del momento, pueden acabar diciendo y haciendo cosas que anteriormente tal vez les habrían parecido inimaginables.

6

Desconfía de las fuerzas paramilitares

Cuando los hombres armados que siempre han afirmado estar en contra del sistema empiezan a llevar uniformes y a desfilar portando antorchas y retratos de un líder, el final está cerca. Cuando las fuerzas paramilitares partidarias de un líder se entremezclan con la policía y las fuerzas armadas oficiales, ha llegado el final.

LA mayor parte de los gobiernos aspiran, casi siempre, a monopolizar la violencia. Cuando el Gobierno es el único que puede utilizar la fuerza legítimamente, y esa utilización está regulada por ley, se hacen posibles las modalidades de la política que damos por descontado. Es imposible llevar a cabo elecciones democráticas, juzgar casos en los tribunales, diseñar las leyes y hacer que se cumplan, y en general gestionar cualquier otro asunto corriente del Gobierno, cuando existen organismos al margen del Estado que también tienen acceso a la violencia. Justamente por eso, las personas y los partidos que pretenden socavar la democracia y el imperio de la ley crean y financian organizaciones violentas que se involucran en la política. Ese tipo de grupos pueden asumir la forma de la rama paramilitar de un partido político o de la escolta personal de un político en particular —o bien de iniciativas ciudadanas aparentemente espontáneas, y que al final casi siempre resulta que habían sido organizadas por un partido o por su líder.

Los grupos armados primero degradan un orden político y después lo transforman. Los grupos violentos de derechas, como la Guardia de Hierro en la Rumanía de entreguerras, o la Cruz Flechada en la Hungría de entreguerras, intimidaban a sus rivales. Las tropas de asalto nazis empezaron siendo un destacamento de seguridad que expulsaba de los auditorios a los opositores a Hitler durante sus mítines. En su calidad de fuerzas paramilitares, conocidas por las siglas SA (*Sturmabteilungen*, «camisas pardas») y SS (*Schutzstaffel*), crearon un clima de miedo que ayudó al partido nazi a ganar las elecciones parlamentarias de 1932 y 1933. En 1938, en Austria, fueron las SA locales las que rápidamente se aprovecharon de la ausencia de la autoridad local habitual para saquear, apalear y humillar a los judíos, modificando las reglas de juego de la política y preparando el camino para que los nazis asumieran el control del país. Fueron las SS quienes gestionaron los campos de concentración alemanes —zonas sin ley donde las normas corrientes carecían de validez. Durante la Segunda Guerra Mundial, las SS extendieron a países enteros de Europa bajo ocupación nazi la anarquía de la que habían sido pioneras en los campos. Las SS nacieron como una organización fuera de la ley, se convirtieron en una organización que trascendía las leyes y acabaron siendo una organización que anuló las leyes.

Dado que el Gobierno federal de Estados Unidos utiliza mercenarios para la guerra, y que los gobiernos de los estados de la Unión contratan a grandes empresas para que gestionen las cárceles, en Estados Unidos el empleo de la violencia ya está enormemente privatizado. Lo que resulta novedoso es un presidente que desea mantener, mientras ocupa el cargo, una fuerza de seguridad personal que durante su campaña empleó la fuerza contra los disidentes. Siendo candidato, el presidente utilizó un destacamento de seguridad privada para sacar de los mítines a sus oponentes, pero además animaba a los propios asistentes a echar a las personas que manifestaran opiniones distintas. Si alguien del público protestaba, primero se le abucheaba, después se le acallaba con frenéticos gritos de «¡U-S-A!», y después se le

obligaba a abandonar el mitin. En un mitin de la campaña, el candidato dijo: «Todavía queda alguno. Si es posible, sacad a los que quedan. Sacad a los que quedan». Ante aquella sugerencia, el público intentaba localizar a todos los que pudieran ser disidentes, sin parar de gritar «¡U-S-A!» en ningún momento. El candidato terció: «¿A que esto es más divertido que un aburrido mitin normal? ¡A mí me parece divertido!». Ese tipo de violencia multitudinaria estaba pensada para transformar la atmósfera política, y lo logró.

Para que la violencia transforme no solo la atmósfera sino también el sistema, es necesario incorporar las emociones de los mítines y la ideología de la exclusión a la instrucción de las milicias armadas. Estas primero plantean un desafío a la policía y a las Fuerzas Armadas, después se infiltran en ellas, y por último las transforman.

7

Sé reflexivo si tienes que ir armado

Si tienes que portar un arma como servidor público, que Dios te bendiga y te guarde. Pero es importante que sepas que los males del pasado tuvieron mucho que ver con que los policías y los soldados acabaron, un buen día, haciendo cosas inadmisibles. Debes estar dispuesto a decir que no.

Los regímenes autoritarios suelen disponer de una fuerza policial antidisturbios específica, cuya tarea consiste en dispersar a los ciudadanos que intentan protestar, y de una policía secreta del Estado entre cuyas funciones está el asesinato de los disidentes o de otras personas señaladas como enemigas. Y de hecho, vemos que en las grandes atrocidades del siglo xx, como el Gran Terror de la Unión Soviética en 1937-1938 y el Holocausto perpetrado por la Alemania nazi contra los judíos europeos, participaron fuerzas de ese tipo. Sin embargo, cometeríamos un grave error si pensáramos que el NKVD soviético (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) o las SS nazis actuaron sin apoyo. Sin la ayuda de las fuerzas policiales regulares, y a veces de los soldados regulares, no habrían podido asesinar a una escala tan grande.

Durante el Gran Terror de la Unión Soviética, los oficiales del NKVD registraron 682.691 ejecuciones de supuestos enemigos del Estado, en su mayoría campesinos o miembros de las minorías nacionales. Es posible que no haya existido ningún otro órgano de violencia más centralizado ni mejor organizado que el NKVD durante aquellos años. Un reducido número de hombres se encargaba de pegar el tiro en la nuca, lo que significa que determinados oficiales del NKVD tenían miles de asesinatos políticos sobre su conciencia. Aun así, habría sido imposible que hubieran llevado a cabo aquella campaña sin la ayuda de las fuerzas policiales locales, los profesionales del derecho y los funcionarios de toda la Unión Soviética. El Gran Terror tuvo lugar durante un estado de excepción que exigía que todos los agentes de policía se pusieran a las órdenes del NKVD y de sus misiones especiales. Los policías no fueron los principales perpetradores, pero aportaron unos recursos humanos indispensables.

Cuando pensamos en el Holocausto nazi contra los judíos, nos imaginamos el campo de concentración de Auschwitz y una muerte mecanizada e impersonal. Se trataba de una forma cómoda para que los alemanes recordaran el Holocausto, ya que así podían alegar que muy pocos llegaron a enterarse exactamente de lo que ocurría al otro lado de aquellas puertas. En realidad, el Holocausto no comenzó en aquellas instalaciones de exterminio, sino al borde de las fosas de la muerte en Europa oriental. Y de hecho, algunos comandantes de los *Einsatzgruppen*, las fuerzas especiales del Ejército alemán que perpetraron varios de aquellos asesinatos, fueron juzgados en Núremberg y posteriormente en los tribunales de la República Federal de Alemania. Pero incluso aquellos juicios fueron una especie de minimización de la magnitud de los crímenes. Los asesinos no fueron solo los comandantes de la SS, sino básicamente todos y cada uno de los miles de hombres que actuaron a sus órdenes.

Y eso fue solo el principio. En todas las matanzas a tiros y a gran escala del Holocausto (el asesinato de más de treinta y tres mil judíos a las afueras de Kiev, de más de veintiocho mil a las afueras de Riga, etcétera, etcétera) participó la policía regular de Alemania. En total, los policías regulares asesinaron a más judíos que los

Einsatzgruppen. Muchos de ellos carecían de preparación especial para esa tarea. Se encontraban en un territorio desconocido, recibían órdenes, y no querían parecer débiles. En los contados casos en que se negaron a obedecer la orden de asesinar a los judíos, los policías no recibieron ningún castigo.

Algunos mataban obedeciendo a sus convicciones homicidas. Pero muchos de los que mataban lo hacían simplemente por miedo a llamar la atención. Había en juego otras fuerzas, además del conformismo. Pero sin los conformistas, las grandes atrocidades habrían sido imposibles.

8

Desmárcate del resto

Alguien tiene que hacerlo. Es fácil hacer lo mismo que todo el mundo. Puede resultar extraño hacer o decir algo diferente. Pero sin esa incomodidad, no hay libertad. Acuérdate de Rosa Parks^[3]. En cuanto alguien da ejemplo, se rompe el hechizo del *statu quo*, y otros le seguirán.

DESPUÉS de la Segunda Guerra Mundial, los europeos, los estadounidenses y otros crearon los mitos de su incorruptible resistencia contra Hitler. Sin embargo, durante la década de 1930, las actitudes predominantes habían sido de adaptación y de admiración. En 1940 la mayoría de europeos ya había asumido como algo inevitable el poder aparentemente irresistible de la Alemania nazi. Algunos estadounidenses influyentes como el aviador Charles Lindbergh se oponían a la guerra contra los nazis con el eslogan «América primero». Pero hoy a los que admiramos es a quienes en su momento fueron considerados personas excepcionales, excéntricas, o incluso dementes: a los que no cambiaron cuando el mundo a su alrededor sí lo hizo.

Mucho antes de la Segunda Guerra Mundial, numerosos estados europeos habían abandonado la democracia en favor de algún tipo de autoritarismo de derechas. Italia se convirtió en el primer Estado fascista en 1922, y fue aliada militar de Alemania. Hungría, Rumanía y Bulgaria se habían dejado seducir por Alemania y por sus promesas de comercio y de territorios. En marzo de 1938, ninguna de las grandes potencias ofreció la mínima resistencia cuando Alemania se anexionó Austria. En septiembre de 1938, las grandes potencias —Francia, Italia y Gran Bretaña, a la sazón gobernada por Neville Chamberlain— incluso colaboraron con la Alemania nazi en la partición de Checoslovaquia. Durante el verano de 1939, la Unión Soviética se alió con la Alemania nazi y participó con ella en la invasión de Polonia. El Gobierno polaco optó por resistir, lo que puso en marcha los tratados que llevaron a Gran Bretaña y a Francia a entrar en la guerra. Alemania, abastecida de alimentos y combustible por la Unión Soviética, invadió y ocupó rápidamente Noruega, los Países Bajos, Bélgica e incluso Francia durante la primavera de 1940. El resto de unidades de la Fuerza Expedicionaria británica fue evacuado del continente desde Dunkerque a finales de mayo y principios de junio de 1940.

Cuando Winston Churchill fue nombrado primer ministro en mayo de 1940, Gran Bretaña estaba sola. Los británicos no habían ganado ninguna batalla relevante, y tampoco tenían aliados de importancia. Habían entrado en la guerra para apoyar a Polonia, una causa que ya parecía perdida. La Alemania nazi y su aliado soviético dominaban el continente. La Unión Soviética había invadido Finlandia en noviembre de 1939, empezando con el bombardeo de Helsinki. Inmediatamente después de la investidura de Churchill, la Unión Soviética ocupó y se anexionó los tres estados del Báltico, Estonia, Letonia y Lituania. Estados Unidos no había entrado en la guerra.

Adolf Hitler no sentía una especial animadversión contra Gran Bretaña ni contra su imperio, y de hecho había vislumbrado una división del mundo en esferas de interés. Tras la caída de Francia, Hitler esperaba poder llegar a un acuerdo con Churchill, pero este se negó. Les dijo a los franceses que «hagan ustedes lo que hagan, nosotros seguiremos luchando y luchando sin parar».

En junio de 1940, Churchill le comunicó al Parlamento británico que «la batalla de Gran Bretaña está a punto de empezar». La Luftwaffe alemana empezó a bombardear las ciudades británicas. Hitler esperaba que ello obligara a Churchill a

firmar un armisticio, pero se equivocaba. Posteriormente Churchill calificó la campaña de bombardeos aéreos como «una época en la que daba igual vivir o morir». Hablaba del «temperamento optimista e imperturbable de Gran Bretaña que yo tuve el honor de expresar». De hecho, él mismo contribuyó a que los británicos se definieran a sí mismos como un pueblo orgulloso que resistía tranquilamente contra el mal. Otros políticos habrían encontrado en la opinión pública británica apoyos suficientes para poner fin a la guerra. En cambio, Churchill resistió, inspiró y venció. La Royal Air Force (incluidos dos escuadrones polacos y numerosos pilotos de otros países) logró contener a la Luftwaffe. Sin el control del aire, ni siquiera Hitler podía pensar en una invasión anfibia de Gran Bretaña.

Churchill hizo lo que otros no habían hecho. En vez de darse por vencido anticipadamente, obligó a Hitler a cambiar de planes. La estrategia básica de Alemania consistía en eliminar cualquier tipo de resistencia en el frente occidental para después invadir (en un acto de traición) la Unión Soviética y colonizar sus territorios occidentales. En junio de 1941, una vez terminados los bombardeos sobre Gran Bretaña, Alemania atacó a su aliado soviético.

Ahora Berlín tenía que librar una guerra en dos frentes, y de repente Moscú y Londres se vieron en el papel de aliados imprevistos. En diciembre de 1941, Japón bombardeó la base naval estadounidense de Pearl Harbor, en Hawái, y Estados Unidos entró en la guerra. Ahora Moscú, Washington y Londres formaban una coalición formidable e irresistible. Juntos, y con la ayuda de muchos otros aliados, esas tres grandes potencias ganaron la Segunda Guerra Mundial. Pero si en 1940 Churchill no hubiera mantenido a Gran Bretaña en la guerra, no habría quedado guerra alguna que librар.

Churchill dijo que la historia sería benévola con él porque pretendía escribirla él mismo. Sin embargo, en sus voluminosas historias y memorias, presentaba sus decisiones como evidentes en sí mismas, y les atribuía todo el mérito al pueblo británico y a los aliados de Gran Bretaña. Hoy, lo que hizo Churchill nos parece normal y justo. Pero en aquel momento él no tuvo más remedio que desmarcarse del resto.

Por supuesto, Gran Bretaña tan solo había entrado en guerra porque los dirigentes polacos habían decidido luchar en septiembre de 1939. La resistencia armada de Polonia fue vencida en octubre de aquel año. En 1940, la naturaleza de la ocupación alemana empezaba a quedar clara en Varsovia, la capital de Polonia.

Teresa Prekerowa tenía previsto terminar el bachillerato aquel año. Los alemanes le arrebataron sus propiedades a la familia de Teresa, por lo que no tuvieron más remedio que mudarse a Varsovia y alquilar una vivienda. Detuvieron a su padre. Uno de sus tíos había muerto en combate. Dos hermanos suyos estaban en un campo de prisioneros alemán. La propia Varsovia había sufrido graves daños a raíz de una campaña de bombardeos aéreos de los alemanes, que había matado a veinticinco mil personas aproximadamente.

Teresa, una mujer muy joven, se destacó entre sus amigos y su familia por su reacción ante aquel horror. En un momento en que lo natural era pensar tan solo en uno mismo, ella pensó en los demás. A finales de 1940, los alemanes empezaron a crear guetos en la parte de Polonia que estaba bajo su control. En octubre de aquel año, los judíos de Varsovia y de la región circundante recibieron la orden de mudarse a un determinado barrio de la ciudad. Uno de los hermanos de Teresa había sido amigo de una chica judía y de su familia antes de la guerra. Ahora Teresa observaba que la gente aceptaba mansamente que sus amigos judíos desaparecieran de sus vidas.

Sin decírselo a su familia, y con gran riesgo para ella, Teresa optó por entrar en el gueto de Varsovia una docena de veces a finales de 1940 para llevar alimentos y medicinas a los judíos que conocía y a muchos otros que no conocía. A finales de aquel mismo año había logrado convencer a la amiga de su hermano de que tenía que huir del gueto. En 1942 Teresa ayudó a escapar a los padres y al hermano de la chica. Aquel verano, en el gueto de Varsovia, los alemanes llevaron a cabo lo que ellos denominaban la «Gran Acción»: deportar a aproximadamente 265.040 judíos a la fábrica de muerte de Treblinka para asesinarlos, además de matar a otros 10.380 allí mismo, en el gueto. Teresa salvó a una familia de una muerte segura.

Posteriormente, Teresa Prekerowa llegó a ser historiadora del Holocausto, y escribió sobre el gueto de Varsovia y sobre otras personas que contribuyeron a ayudar a los judíos. Pero Teresa prefería no escribir sobre sí misma. Cuando, mucho tiempo después, le pidieron que hablara de su propia vida, calificó sus actos de normales. Desde nuestro punto de vista, sus actos parecen excepcionales. Ella se desmarcó del resto.

9

Trata bien nuestra lengua

Evita pronunciar las frases que utiliza todo el mundo. Inventa tu propia forma de hablar, aunque solo sea para expresar eso que crees que está diciendo todo el mundo. Haz un esfuerzo por distanciarte de Internet. Lee libros.

VICTOR Klemperer, un experto en literatura de origen judío, utilizó su formación filológica contra la propaganda nazi. Advirtió que el lenguaje de Hitler rechazaba la oposición legítima: *el pueblo* siempre se refería a algunas personas y no a otras (el presidente estadounidense utiliza la palabra de esa misma forma), los desacuerdos siempre eran *conflictos* (el presidente dice *victorias*), y cuando las personas libres intentaban entender el mundo de una manera distinta, se trataba de *difamaciones* contra el líder (o, como dice el presidente, *libelos*).

En nuestros tiempos los políticos colocan sus estereotipos en la televisión, donde los repiten incluso quienes desean discrepar. La televisión dice desafiar el lenguaje político aportando imágenes, pero la sucesión de un plano a otro puede llegar a dificultar una visión nítida. Todo ocurre deprisa, pero en realidad no ocurre nada. En el periodismo de televisión, cada noticia siempre es «de última hora», hasta que es desplazada por la siguiente. De modo que sentimos el embate de las olas, pero nunca vemos el mar.

El esfuerzo para definir la forma y la relevancia de los acontecimientos requiere palabras y conceptos que no somos capaces de recordar cuando estamos embelesados por los estímulos visuales. Ver las noticias por televisión a veces es poco más que mirar a alguien que también está viendo una imagen. Tenemos asumido que ese trance colectivo es normal. Poco a poco hemos ido cayendo en él.

Hace más de cincuenta años, las novelas clásicas sobre el totalitarismo nos prevenían contra la hegemonía de las pantallas, contra la eliminación de los libros, el empobrecimiento del vocabulario y las dificultades para pensar que eso conlleva. En la novela *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury, publicada en 1953, los bomberos se dedican a buscar y quemar libros mientras la mayoría de los ciudadanos ven televisión interactiva. En *1984*, de George Orwell, publicada en 1949, los libros están prohibidos y la televisión es bidireccional, lo que permite al Gobierno observar constantemente a los ciudadanos. En *1984*, el lenguaje de los medios visuales está sumamente limitado, a fin de privar al público de los conceptos necesarios para pensar sobre el presente, recordar el pasado, y considerar el futuro. Uno de los proyectos del régimen consiste en ir limitando más y más el lenguaje por el procedimiento de ir eliminando palabras con cada nueva edición del diccionario oficial.

Tal vez sea inevitable mirar una pantalla, pero el mundo bidimensional no tiene mucho sentido a menos que nos sirvamos de un arsenal mental que hemos desarrollado en algún otro lugar. Cuando repetimos las mismas palabras y expresiones que aparecen en los medios cotidianos, estamos aceptando la ausencia de un marco más amplio. Poseer ese marco requiere más conceptos, y disponer de más conceptos exige leer. Así pues, saca la pantalla de tu habitación y rodéate de libros. Los personajes de los libros de Orwell y Bradbury no podían hacer eso, pero nosotros todavía podemos.

¿Qué leer? Cualquier buena novela aviva nuestra capacidad de pensar sobre las

situaciones ambiguas y juzgar las intenciones de los demás. Es posible que *Los hermanos Karamázov*, de Fiódor Dostoyevski y *La insopportable levedad del ser*, de Milan Kundera, sean muy indicados para estos tiempos. Tal vez la novela *Eso no puede pasar aquí*, de Sinclair Lewis, no sea una gran obra de arte; *La conjura contra América*, de Philip Roth, es mejor. Una novela que conocen millones de jóvenes estadounidenses y que ofrece un relato sobre la tiranía y la resistencia es *Harry Potter y las reliquias de la muerte*, de J. K. Rowling. Si tú, o tus amigos, o tus hijos no lo leísteis de esa manera la primera vez, el libro soporta una segunda lectura.

Algunos de los textos políticos e históricos en los que se basan los argumentos que planteo en este libro son «La política y la lengua inglesa», de George Orwell (1946); *La lengua del Tercer Reich*, de Victor Klemperer (1947); *Los orígenes del totalitarismo*, de Hannah Arendt (1951); *El hombre rebelde*, de Albert Camus (1951); *La mente cautiva*, de Czesław Miłosz (1953); «El poder de los sin poder», de Václav Havel (1978); «Cómo ser un conservador-liberal-socialista» de Leszek Kołakowski (1978); *Los frutos de la adversidad*, de Timothy Garton Ash (1989); *El peso de la responsabilidad*, de Tony Judt (1998); *Aquellos hombres grises*, de Christopher Browning (1992); y *Nada es verdad y todo es posible*, de Peter Pomerantsev (2014).

Los lectores cristianos podrían volver al libro fundacional, que como siempre es muy oportuno. Jesucristo predicaba que «es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios». Deberíamos ser modestos, porque «cualquiera que se ensalce será humillado, y cualquiera que se humille será ensalzado». Y por supuesto debemos preocuparnos por saber lo que es verdad y los que es mentira: «y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres».

10

Cree en la verdad

Renunciar a los hechos es renunciar a la libertad. Si nada es verdad, nadie puede criticar al poder, porque no hay ninguna base sobre la que hacerlo. Si nada es verdad, todo es espectáculo. La billetera más grande paga las luces más deslumbrantes.

TE sometes a la tiranía cuando renuncias a la diferencia entre lo que quieres oír y lo que oyes realmente. Esa renuncia a la realidad puede resultar natural y agradable, pero la consecuencia es tu desaparición como individuo, —y por consiguiente el derrumbe de cualquier sistema político que dependa del individualismo. Como han señalado algunos observadores del totalitarismo, como Victor Klemperer, la verdad muere de cuatro maneras, y nosotros acabamos de presenciar todas ellas.

La primera manera es la hostilidad declarada a la realidad verificable, que asume la forma de presentar las invenciones y las mentiras como si fueran hechos. El presidente lo hace con enorme frecuencia y a toda velocidad. Durante la campaña presidencial de 2016, en un intento de verificar sus declaraciones se descubrió que el 78% de sus afirmaciones fácticas eran falsas. Se trata de una proporción tan elevada que hace que las afirmaciones correctas parezcan el fruto de descuidos no intencionados en la senda hacia la ficción total. Degradar el mundo tal como es supone el primer paso de una creación encaminada a un contra-mundo ficticio.

La segunda manera es el encantamiento chamánico. Como señalaba Klemperer, el estilo fascista depende de la «repetición constante», diseñada para hacer plausible lo ficticio y deseable lo criminal. El uso sistemático de mote, como «Lyin' Ted» (el mentiroso Ted [Cruz]) y «Crooked Hillary» (la deshonesta Hillary) trasladaba a los candidatos del Partido Demócrata determinados rasgos de carácter que en justicia cabría aplicarle más bien al propio presidente. Sin embargo, mediante la repetición machacona en Twitter, nuestro presidente logró transformar a los individuos en estereotipos que después la gente verbalizaba. En los mítines, los reiterados cánticos de «Construye ese muro» y «A la cárcel con ella» no describían nada que el presidente no tuviera la intención de hacer, pero su misma redundancia establecía una conexión entre el candidato y su público.

La siguiente manera es el pensamiento mágico, es decir la aceptación descarada de las contradicciones. La campaña del presidente se basaba en las promesas de bajar los impuestos a todo el mundo, liquidar la deuda nacional e incrementar el gasto tanto en políticas sociales como en defensa. Esas promesas se contradicen mutuamente. Es como si un granjero dijera que iba a sacar un huevo del gallinero, cocerlo entero y servírselo a su esposa, y además escalfarlo y servírselo a sus hijos, y después devolvérselo intacto a la gallina y ver cómo nace el pollito.

Aceptar falsedades tan radicales como esa exige un abandono flagrante de la razón. El relato que hacía Klemperer de cómo fue perdiendo amigos en Alemania en 1933 por la cuestión del pensamiento mágico suena inquietantemente cierto hoy en día. Uno de sus antiguos alumnos le suplicaba lo siguiente: «abandóñese usted a sus sentimientos, centrándose siempre en la grandeza del *Führer*, y no en el malestar que está sintiendo en estos momentos». Doce años más tarde, después de todas las atrocidades, y al final de una guerra que Alemania claramente había perdido, un soldado mutilado le decía a Klemperer que «hasta ahora, Hitler nunca ha mentido. Yo creo en Hitler».

La última manera es la fe que se deposita en quienes no la merecen. Tiene que ver con el tipo de afirmaciones autodeificantes que hacía el presidente cuando decía que «Solo yo puedo resolverlo» o «Yo soy vuestra voz». Cuando la fe desciende de los cielos a la tierra de esa manera, no queda sitio para las pequeñas verdades de nuestro discernimiento y nuestra experiencia personales. Lo que aterraba a Klemperer era lo permanente que parecía aquella transición. Una vez que la verdad se volvía oracular en vez de fáctica, las pruebas resultaban irrelevantes. Al final de la guerra, un trabajador le dijo a Klemperer que «comprender no sirve de nada, hay que tener fe. Yo creo en el *Führer*».

Eugène Ionesco, el gran dramaturgo rumano, vio como sus amigos, uno tras otro, iban cayendo en el lenguaje del fascismo durante los años treinta. Aquella experiencia se convirtió en la base de *Rinoceronte*, su obra de teatro del absurdo de 1959, donde los que caen en manos de la propaganda se transforman en gigantescas bestias con cuernos. Sobre sus propias experiencias personales, Ionesco escribió lo siguiente:

Los catedráticos, los estudiantes universitarios, los intelectuales se estaban volviendo nazis, se alistaban en la Guardia de Hierro uno tras otro. Al principio, desde luego, no eran nazis. Un grupo de unos quince amigos nos reuníamos para charlar e intentar encontrar argumentos en contra de lo que ellos decían. No era fácil. [...] Cada cierto tiempo, uno de nuestros amigos decía: «No estoy de acuerdo con ellos, por supuesto, pero a pesar de todo, en algunos aspectos tengo que admitir, por ejemplo, que los judíos...», etcétera. Y aquello era un síntoma. Tres semanas después esa persona se había convertido en un nazi. Era engullido por el mecanismo, lo aceptaba todo, se convertía en un rinoceronte. Al final, tan solo seguíamos resistiendo tres o cuatro.

La intención de Ionesco era ayudarnos a ver lo estrambótica que es en realidad la propaganda, pero lo normal que le parece a quienes se rinden a ella. Al utilizar la imagen absurda del rinoceronte, Ionesco intentaba impactar a la gente para que advirtiera lo extraño que era todo lo que estaba ocurriendo realmente.

Los rinocerontes deambulan por nuestras sabanas neurológicas. Ahora resulta que estamos muy preocupados por algo que denominamos «posverdad», y tendemos a creer que su desprecio por los hechos cotidianos y su construcción de realidades alternativas es algo nuevo o posmoderno. A ese respecto, no obstante, a George Orwell se le escaparon muy pocas cosas hace setenta años cuando acuñó el concepto de «doblepensar» (la aceptación de ideas contradictorias) en 1984. En su filosofía, la posverdad reconstruye exactamente la actitud fascista hacia la verdad —y por eso no hay nada en nuestro mundo actual que dejaría perplejo a Klemperer o a Ionesco.

Los fascistas despreciaban las pequeñas verdades de la experiencia cotidiana,

adoraban todas las consignas que resonaran como una nueva religión y preferían los mitos creativos antes que la historia o el periodismo. Utilizaron los nuevos medios de comunicación, que en aquella época era la radio, para crear un son de tambores de propaganda que despertaba los sentimientos de la gente antes de que tuviera tiempo de establecer los hechos. Y ahora, igual que entonces, mucha gente ha confundido la fe en un líder con enormes defectos con la verdad sobre el mundo en que vivimos todos.

La posverdad es el prefascismo.

11

Investiga

Comprende las cosas por ti mismo. Dedica más tiempo a los artículos largos. Financia el periodismo de investigación suscribiéndote a los medios impresos. Sé consciente de que una parte de lo que se ve en Internet está ahí para perjudicarte. Infórmate sobre las páginas web que investigan las campañas de propaganda (algunas de las cuales proceden del extranjero). Asume la responsabilidad de la información que intercambias con los demás.

«¿QUÉ es la verdad?». A veces la gente se hace esa pregunta porque lo que quiere es no hacer nada. El cinismo genérico hace que nos sintamos en la onda y alternativos, incluso mientras nos deslizamos, junto con nuestros conciudadanos, hacia un páramo de indiferencia. Lo que nos hace individuos es nuestra capacidad de discernir los hechos, y lo que hace que seamos una sociedad es nuestra confianza colectiva en el saber común. Un individuo que investiga es también un ciudadano que construye. El líder al que no le gustan los investigadores es un tirano en potencia.

Durante su campaña, el presidente afirmó en un medio propagandístico ruso que en Estados Unidos «los medios han sido increíblemente deshonestos». Prohibió el acceso a sus mítines a muchos reporteros, y con frecuencia instigaba entre el público el odio a los periodistas. Al igual que los líderes de los regímenes autoritarios, prometió abolir la libertad de expresión con leyes que impidieran las críticas. Al igual que Hitler, el presidente utilizaba la palabra *mentiras* para designar todas aquellas afirmaciones objetivas que no eran de su agrado, y presentaba el periodismo como una campaña en su contra. El presidente se mostraba más afable con Internet, su fuente de informaciones erróneas que a su vez él mismo trasmítia a millones de personas.

En 1971, al reflexionar sobre las mentiras que se decían en Estados Unidos sobre la guerra de Vietnam, la teórica política Hannah Arendt se consolaba con la capacidad intrínseca de los hechos para imponerse a las falsedades en una sociedad libre: «En circunstancias normales, el mentiroso es derrotado por la realidad, para la que no hay sustituto; da igual lo grande que sea la trama de falsedades que esté dispuesto a ofrecer un mentiroso experimentado: nunca será lo bastante grande, aunque recurra a la ayuda de los ordenadores, como para encubrir la inmensidad de los hechos». La parte relativa a los ordenadores ya no es cierta. En las elecciones presidenciales de 2016, el mundo bidimensional de Internet ha sido más importante que el mundo tridimensional del contacto humano. Las personas que iban haciendo campaña casa por casa se topaban con la mirada atónita de unos ciudadanos estadounidenses que se daban cuenta de que iban a tener que hablar de política con un ser humano de carne y hueso, en vez de ver reafirmadas sus ideas en sus fuentes de Facebook. En el marco del mundo bidimensional de Internet, han surgido nuevos colectivos, invisibles a la luz del día —tribus con unas cosmovisiones diferenciadas, que obedecen a todo tipo de manipulaciones. (Y sí, es posible encontrar una conspiración en la red: la que te lleva a estar todo el día conectado a Internet, buscando conspiraciones).

Necesitamos periodistas en la prensa escrita, para que las noticias puedan desarrollarse en la página de un periódico y en nuestra mente. Por ejemplo, ¿qué significa que el presidente diga que las mujeres están mejor «en casa», que el embarazo es un «inconveniente», que las madres no dan «el 100%» en el trabajo, que habría que castigar a las mujeres por abortar, que las mujeres son unas «zánganas», unas «cerdas» o unas «perras», y que es lícito agredirlas sexualmente? ¿Qué significa

que seis empresas del presidente hayan quebrado y que hayan sido financiadas por misteriosas inyecciones de liquidez procedentes de entidades de Rusia y Kazajistán? Podemos enterarnos de todas esas cosas en distintos medios de comunicación. Sin embargo, cuando nos enteramos de ellas a través de una pantalla, tendemos a vernos atraídos por la lógica del espectáculo. Enterarnos de un escándalo tan solo nos despierta el apetito para el siguiente escándalo. Una vez que aceptamos subliminalmente que estamos viendo un programa de telerrealidad, en vez de pensando en la vida real, no hay imagen alguna que de verdad pueda perjudicar políticamente al presidente. La telerrealidad tiene que ir haciéndose más dramática con cada episodio. Si encontráramos un vídeo del presidente bailando danzas cosacas mientras Vladímir Putin toca las palmas, probablemente lo único que pediríamos sería lo mismo, pero con el presidente disfrazado de oso y con unas monedas de rublos entre los dientes.

Los mejores periodistas de prensa escrita nos permiten valorar el significado, para nosotros y para nuestro país, de lo que de otra forma parecerían fragmentos aislados de información. Ahora bien, reproducir un artículo en un blog lo puede hacer cualquiera, mientras que investigar y redactar es un duro trabajo que requiere tiempo y dinero. Antes de burlarte de los «medios de comunicación mayoritarios», ten en cuenta que eso ya no es lo más habitual. Lo mayoritario, y lo más fácil, es la burla, y lo espinoso y difícil es el periodismo de verdad. De modo que intenta escribir un artículo de verdad por tus propios medios, que implique trabajar en el mundo real: viajar, entrevistar, mantener relaciones con las fuentes, investigar en los archivos escritos, verificar cada cosa, redactar y revisar los borradores, todo ello en un plazo ajustado e improrrogable. Si descubres que te gusta hacerlo, monta un blog. Mientras tanto, reconoce el mérito de los que se dedican a hacer todas esas cosas para ganarse la vida. Los periodistas no son perfectos, como tampoco lo son las personas que trabajan en otros ámbitos. Pero el trabajo de las personas que se ciñen a la ética periodística es de una calidad muy distinta a la del trabajo de los que no se atienden a ella.

Nos parece normal pagar al fontanero o al mecánico, pero exigimos noticias gratis. Si no pagáramos al fontanero ni al taller mecánico, no podríamos aspirar a beber agua ni a utilizar el coche. Entonces, ¿por qué creemos que podemos construir nuestras valoraciones políticas sobre la base de una inversión cero? Recibimos en función de lo que pagamos.

Si efectivamente queremos estar al corriente de los hechos, Internet nos brinda una envidiable capacidad para transmitirlos. Las autoridades que he citado hasta ahora no disponían de nada ni remotamente parecido. Leszek Kołakowski, el gran filósofo e historiador polaco cuyas palabras figuran en el epígrafe de este libro, perdió su cátedra de la Universidad de Varsovia por manifestarse públicamente en contra del régimen comunista, y se le prohibió publicar. La primera cita de este libro, de Hannah Arendt, proviene de un panfleto titulado «Nosotros los refugiados», una

hazaña milagrosa escrita por una mujer que había logrado huir del homicida régimen nazi. Una mente brillante como Victor Klemperer, muy admirado hoy en día, tan solo es recordado porque llevó un diario a escondidas en tiempos del dominio nazi. Para él era su sustento: «Mi diario fue mi barra de funámbulo, sin la cual me habría caído mil veces». Václav Havel, el pensador más importante de toda la disidencia comunista de la década de 1970, dedicó su ensayo más importante, «El poder de los sin poder» a Jan Patočka, un filósofo que falleció poco después de ser interrogado por la policía secreta comunista checoslovaca. En la Checoslovaquia comunista, aquel panfleto tuvo que divulgarse clandestinamente, solo unos pocos ejemplares, en forma de lo que en aquella época los europeos del Este, a imitación de los disidentes rusos, denominaban *samizdat*.

«Si el fundamento del sistema es la “vida en la mentira” —escribía Havel—, no es de extrañar que la “vida en la verdad” sea su principal peligro^[4]». Dado que en la era de Internet todos somos editores, cada uno de nosotros es en parte responsable privado del sentido de la verdad del público. Si nos tomamos en serio la averiguación de los hechos, cada uno de nosotros puede hacer una pequeña revolución en la forma de funcionar de Internet. Si estás verificando la información por tu cuenta, no les enviarás noticias falsas a los demás. Si optas por seguir a los periodistas que consideras dignos de tu confianza, también puedes transmitir a los demás todo lo que hayan averiguado esos periodistas. Si solo «retuiteas» el trabajo de personas que de verdad han llevado a cabo una labor periodística, es menos probable que acabes degradando tu cerebro interactuando con bots y con trolls.

No podemos ver las mentes de las personas a las que perjudicamos cuando publicamos falsedades, pero eso no significa que no hagamos daño a nadie. Imagínate que vas conduciendo un coche. Puede que no veas al otro conductor, pero no se te ocurre embestir su coche. Sabes que el daño sería mutuo. Protegemos a la otra persona sin verla, docenas de veces al día. Análogamente, aunque no veamos a la persona que está ante su ordenador, tenemos nuestra parte de responsabilidad por lo que está leyendo esa persona. Si podemos evitar ejercer violencia contra las mentes de los demás, a los que no podemos ver en Internet, los demás aprenderán a hacer lo mismo. Y puede que entonces el tráfico en Internet deje de parecer un gigantesco y sangriento accidente.

12

Mira a los ojos y habla de cosas cotidianas

No es solo una cuestión de cortesía. Forma parte del hecho de ser un ciudadano y un miembro responsable de la sociedad. Además, es una forma de mantenerte en contacto con tu entorno, de echar abajo las barreras sociales, y de hacerte una idea de en quién puedes confiar y en quién no. Si vamos a adentrarnos en una cultura de la denuncia, querrás estar al tanto del paisaje psicológico de tu vida cotidiana.

Los regímenes tiránicos surgieron en momentos y lugares diferentes en la Europa del siglo xx, pero todas las autobiografías de sus víctimas tienen en común un momento delicado específico. Tanto si el recuerdo es de la Italia fascista en la década de 1920, o de la Alemania nazi de la década de 1930, o de la Unión Soviética durante el Gran Terror de 1937-1938, o de las purgas en el bloque oriental comunista de Europa durante las décadas de 1940 y 1950, las personas que vivían en el miedo a la represión recordaban cómo les trataron sus vecinos. Una sonrisa, un apretón de manos o una palabra de bienvenida —gestos banales en una situación normal— adquirían una importancia enorme. Cuando los amigos, los compañeros de trabajo o los conocidos apartaban la mirada o cruzaban la calle para evitar el contacto, el miedo aumentaba. No podemos estar seguros, ni hoy ni mañana, de quién se siente amenazado en Estados Unidos. Pero si manifestamos nuestro apoyo a todo el mundo, podemos estar seguros de que algunas personas se sentirán mejor.

En los momentos de mayor peligro, quienes logran huir y sobrevivir generalmente conocen a alguien en quien pueden confiar. Tener viejos amigos es la política del último recurso. Y hacer nuevos amigos es el primer paso hacia el cambio.

13

Practica una política corporal

El poder quiere que nuestro cuerpo se ablande en un sillón y que nuestras emociones se disipen en la pantalla. Sal a la calle. Lleva tu cuerpo a lugares desconocidos, entre gente desconocida. Haz nuevas amistades y manifiéstate con ellas.

PARA que triunfe la resistencia, es preciso cruzar dos fronteras. En primer lugar, las ideas sobre el cambio tienen que motivar a personas de distintas procedencias, que no estén de acuerdo en todo. En segundo lugar, las personas deben encontrarse en lugares que no sean su casa, y entre personas que previamente no eran amigas suyas. Es posible organizar protestas a través de las redes sociales, pero nada es real hasta que no acaba en las calles. Si los tiranos no sienten las consecuencias de sus actos en el mundo tridimensional, nada cambiará.

El mejor ejemplo del éxito de la resistencia al comunismo fue el movimiento sindical Solidaridad, en 1980-1981 en Polonia: una coalición de trabajadores y profesionales, de elementos de la Iglesia católica romana y de grupos laicos. Sus líderes habían aprendido la lección bajo el comunismo. En 1968, el régimen movilizó a los trabajadores en contra de las protestas de los estudiantes. En 1970, tras la sangrienta represión de una huelga en la ciudad de Gdan'sk, a orillas del Báltico, los que se sintieron aislados fueron los trabajadores. Sin embargo, en 1976, los intelectuales y los profesionales formaron un grupo para ayudar a los trabajadores que habían sido maltratados por el Gobierno. Se trataba de personas tanto de derechas como de izquierdas, creyentes y ateas, que infundieron confianza a los trabajadores —gente a quien en otras circunstancias nunca habrían conocido.

En 1980, cuando los obreros polacos de la costa del Báltico volvieron a hacer huelga, contaron con el apoyo de abogados, eruditos y otros que les ayudaron a defender su causa. El resultado fue la creación de un sindicato libre, así como la garantía por parte del Gobierno de que iba a respetar los derechos humanos. Durante los dieciséis meses en que Solidaridad fue legal, se afiliaron al sindicato diez millones de personas, y se crearon incontables amistades nuevas en medio de un ambiente de huelgas, marchas y manifestaciones. El régimen comunista polaco reprimió el movimiento decretando la ley marcial en 1981. Sin embargo, ocho años más tarde, en 1989, cuando necesitaron un interlocutor para negociar, los comunistas no tuvieron más remedio que recurrir a Solidaridad. El sindicato insistió en que se celebraran unas elecciones, que a continuación ganó. Fue el principio del fin del comunismo en Polonia, en Europa oriental y en la Unión Soviética.

La opción de estar en público depende de nuestra capacidad de mantener una esfera de vida privada. Tan solo podemos ser libres cuando somos nosotros mismos quienes trazamos la línea de cuándo nos ven y cuándo no.

14

Consolida una vida privada

Los gobernantes más canallas utilizan lo que saben sobre ti para manipularte. Limpia periódicamente tu ordenador de virus y malware. Recuerda que el correo electrónico no ofrece la mínima garantía de confidencialidad. Considera la posibilidad de usar modalidades diferentes de Internet, o simplemente utiliza menos la red. Ten contactos personales cara a cara. Por esa misma razón, resuelve cualquier problema jurídico que tengas. Los tiranos buscan un gancho por donde colgarnos. Intenta no tener ganchos.

Lo que la gran pensadora política Hannah Arendt entendía por *totalitarismo* no era un Estado todopoderoso, sino la desaparición de la diferencia entre vida privada y vida pública. Somos libres únicamente en la medida que ejercemos control sobre lo que la gente sabe de nosotros, y de las circunstancias en las que llega a saberlo. Durante la campaña de 2016, dimos un paso hacia el totalitarismo, sin darnos cuenta siquiera, al aceptar como normal la violación de la privacidad electrónica. Tanto si quienes lo hacen son los servicios de espionaje estadounidenses como si son los rusos, o la institución que sea, robar o publicar las comunicaciones privadas, o comentarlas en público, destruye un fundamento básico de nuestros derechos. Si no tenemos control sobre quién lee qué y cuándo, no tenemos capacidad de actuar en el presente ni de planear el futuro. Quien sea capaz de vulnerar nuestra privacidad puede humillarnos y perturbar nuestras relaciones como le plazca. Nadie (salvo acaso un tirano) tiene una vida privada que soporte su revelación pública con intenciones hostiles.

Las bombas programadas sobre los correos electrónicos de Hillary Clinton durante la campaña electoral de las elecciones presidenciales de 2016 fueron también una poderosa forma de desinformación. Las palabras que uno escribe en una situación tan solo tienen sentido en ese contexto. El simple hecho de sacarlas de su momento histórico y soltarlas en otro es un acto de falsificación. Y lo que es peor, cuando los medios siguieron el asunto de la revelación de correos electrónicos como si se tratara de una noticia, traicionaron su propia misión. Pocos periodistas se tomaron la molestia de explicar por qué la gente dijo o escribió determinadas cosas en su momento. Mientras tanto, al informar de los actos de violación de la privacidad como si se tratara de una noticia, los medios dejaron que algo distrajera su atención de los verdaderos acontecimientos del día. En vez de informar sobre la violación de derechos básicos, por lo general nuestros medios de comunicación prefirieron satisfacer tontamente la curiosidad intrínsecamente obscena que sentimos por los asuntos de los demás.

Nuestra avidez por lo secreto, pensaba Arendt, es peligrosamente política. El totalitarismo elimina la diferencia entre lo privado y lo público no solo para restar libertad a los individuos, sino también para alejar a toda la sociedad de la política normal y arrastrarla hacia las teorías de la conspiración. En vez de definir los hechos o generar interpretaciones, nos dejamos seducir por el concepto de unas realidades ocultas y unas turbias conspiraciones que lo explican todo. Como aprendimos de aquellas bombas sobre los correos electrónicos, ese mecanismo da resultado incluso cuando lo que se revela carece de interés. El acto mismo de revelar lo que anteriormente era confidencial se convierte en una noticia en sí misma. (Resulta llamativo que en ese aspecto los medios informativos generalistas sean más incompetentes que, por ejemplo, los periodistas de moda o de deportes. Los cronistas de moda saben que las modelos se desnudan en los probadores, y los periodistas de deportes saben que los deportistas se duchan en los vestuarios, pero ninguno de ellos

permite que los asuntos privados suplanten los eventos públicos que supuestamente están cubriendo).

Cuando nos interesamos activamente por algún asunto de dudosa relevancia en un momento cuidadosamente escogido por un tirano o un espía, estamos participando en la demolición de nuestro propio orden político. Y por cierto, puede que a nosotros nos parezca que solo hacemos lo mismo que todo el mundo. Es verdad —y eso es lo que Arendt definía como la degeneración de una sociedad en una «turba». Podemos intentar resolver ese problema individualmente, blindando nuestros ordenadores; también podemos intentar resolverlo colectivamente, apoyando, por ejemplo, a las organizaciones que se ocupan de los derechos humanos.

15

Contribuye a las buenas causas

Participa activamente en las organizaciones, políticas o no, que expresen tu forma de entender la vida. Elige un par de organizaciones benéficas y domicilia tus aportaciones en tu cuenta corriente. Así habrás tomado libremente una decisión que apoya a la sociedad civil y ayuda a otros a hacer el bien.

RESULTA gratificante saber que, sea cual sea el rumbo de los acontecimientos, estás ayudando a otros a hacer el bien. Muchos de nosotros podemos permitirnos el lujo de apoyar a una parte de la amplia red de organizaciones benéficas que un antiguo presidente de Estados Unidos denominaba «mil puntos de luz». Esos puntos de luz, como ocurre con las estrellas durante el crepúsculo, se ven mejor cuando el cielo se oscurece.

Cuando los estadounidenses piensan en la libertad, normalmente nos imaginamos una lucha entre un individuo solitario y un gobierno poderoso. Solemos llegar a la conclusión de que habría que conceder mayores poderes al individuo y mantener a raya al Gobierno. Todo eso está muy bien. Pero un elemento de la libertad es la elección de nuestros colaboradores, y una defensa de la libertad es la actividad de los grupos en apoyo de sus miembros. Por esa razón debemos involucrarnos en actividades que sean de interés para nosotros, para nuestros amigos, para nuestras familias. No es necesario que sean explícitamente políticas: Václav Havel, el pensador disidente checo, ponía el ejemplo de elaborar buena cerveza.

En la medida que estemos orgullosos de esas actividades, y a través de ellas lleguemos a conocer a otras personas que también lo estén, estamos contribuyendo a crear la sociedad civil. Participar en una iniciativa nos enseña que podemos confiar en muchas personas que están fuera de nuestro estrecho círculo de amigos y familiares, y nos ayuda a reconocer a las autoridades de las que podemos aprender. La capacidad de confiar y de aprender puede hacer que la vida se nos antoje menos caótica y misteriosa, y la política democrática más plausible y atractiva.

Los disidentes anticomunistas de Europa oriental, que se enfrentaban a una situación más extrema que la nuestra, se dieron cuenta de que las actividades aparentemente apolíticas de la sociedad civil eran una expresión y una salvaguarda de la libertad. Tenían razón. Durante el siglo XX, todos los grandes enemigos de la libertad fueron hostiles a las organizaciones no gubernamentales, a las instituciones benéficas y cosas por el estilo. Los comunistas exigían que todos los grupos de ese tipo estuvieran registrados oficialmente, y los convertían en instituciones de control. Los fascistas crearon lo que denominaban un sistema «corporativo», donde todas y cada una de las actividades humanas tenían asignado su lugar correspondiente, subordinado al partido y al Estado. Los autoritarios de hoy (en India, en Turquía, en Rusia) también son sumamente alérgicos a la idea de las asociaciones libres y las organizaciones no gubernamentales.

16

Aprende de tus conocidos de otros países

Mantén tus amistades en el extranjero, o haz nuevos amigos en otros países. Las actuales dificultades en Estados Unidos forman parte de una tendencia más general. Y ningún país va a encontrar una solución por sí solo. Asegúrate de que tú y los miembros de tu familia tengáis pasaporte.

DURANTE el año anterior a la elección del presidente, los periodistas estadounidenses se equivocaron a menudo respecto a su campaña. A medida que el candidato iba superando un obstáculo tras otro, y acumulando una victoria tras otra, nuestros comentaristas políticos nos aseguraban que en la etapa siguiente alguna de las excelentes instituciones del país acabaría cortándole el paso. Mientras tanto, había un grupo de observadores que adoptaban una postura distinta: los europeos orientales y los expertos sobre Europa oriental. A muchos de ellos les resultaba familiar gran parte de la campaña del presidente, y el resultado final no les sorprendió. Los periodistas ucranianos y rusos que palparon el ambiente del Medio Oeste de Estados Unidos decían cosas más realistas que los expertos en encuestas americanos que habían dedicado toda su vida profesional a comprender la política de su propio país.

A los ucranianos les parecía cómico lo mucho que tardaron en reaccionar los estadounidenses ante las evidentes amenazas de la ciberguerra y de las noticias falsas. En 2013, cuando la propaganda rusa convirtió a Ucrania en su objetivo, los periodistas ucranianos y de otros países reaccionaron de forma inmediata, decisiva, y a veces humorística, con campañas para desenmascarar la desinformación. Rusia desplegó contra Ucrania muchas de las mismas técnicas que más tarde empleó contra Estados Unidos —al tiempo que invadía Ucrania. En 2014, cuando los medios de comunicación rusos afirmaron falsamente que las tropas ucranianas habían crucificado a un niño pequeño, la respuesta ucraniana fue rápida y eficaz (por lo menos dentro de la propia Ucrania). En 2016, cuando los medios rusos difundieron la noticia de que Hillary Clinton estaba enferma porque en un correo electrónico mencionaba un artículo sobre la «fatiga en la toma de decisiones» (que no es una enfermedad), los estadounidenses divulgaron la historia. Los ucranianos ganaron, y los estadounidenses perdieron, en el sentido de que Rusia no consiguió imponer el régimen que quería en su país vecino, pero sí vio cómo triunfaba su candidato favorito en Estados Unidos. Eso debería hacernos reflexionar. La historia, que durante un tiempo parecía discurrir de oeste a este, ahora parece que se mueve de este a oeste. Todo lo que ocurre aquí parece que ya ha ocurrido antes allí.

El hecho de que la mayoría de estadounidenses carezca de pasaporte se ha convertido en un problema para la democracia en Estados Unidos. A veces los estadounidenses dicen que no necesitan documentación para viajar, porque prefieren morir defendiendo la libertad en Estados Unidos. Son muy buenas palabras, pero pasan por alto una cuestión importante. La lucha será larga. Aunque efectivamente requiere sacrificios, primero exige una atención constante sobre el mundo que nos rodea para que sepamos a qué nos enfrentamos y la mejor forma de resistir. De modo que tener pasaporte no es una señal de rendición. Por el contrario, es liberador, ya que crea la posibilidad de nuevas experiencias. Nos permite ver cómo reaccionan otras personas, a veces más sabias que nosotros, ante problemas semejantes. Dado que gran parte de todo lo que ha ocurrido durante este último año le resulta familiar al resto del mundo, o por la historia reciente, tenemos la obligación de observar y escuchar.

17

Presta atención a las palabras peligrosas

Debes estar alerta ante el empleo de las palabras **extremismo y terrorismo**. Sé consciente de los fatídicos conceptos de **emergencia y excepción**. Enfádate ante el uso traicionero del vocabulario patriótico.

El más inteligente de los nazis, el teórico jurídico Carl Schmitt, explicaba en términos claros la esencia de la forma de gobernar del fascismo. El modo de destruir todas las normas, explicaba, era centrarse en la idea de la *excepción*. Un líder nazi desarma a sus oponentes por el procedimiento de convencer a la gente de que el momento actual es excepcional, y después transformando el estado de excepción en una emergencia permanente. Entonces los ciudadanos sacrifican su libertad real en aras de una falsa seguridad.

Hoy en día, cuando los políticos invocan el *terrorismo*, están hablando, por supuesto, de un peligro real. Pero cuando intentan acostumbrarnos a sacrificar la libertad en nombre de la seguridad, tenemos que ponernos en guardia. No existe necesariamente una relación inversa entre ambas. Es cierto que a veces se consigue una a base de perder la otra, pero a veces no es así. Normalmente quienes aseguran que *solo* se puede conseguir más seguridad a costa de la libertad están intentado negarnos ambas cosas.

No cabe duda de que es posible sacrificar la libertad sin por ello gozar de mayor seguridad. La sensación de sumisión a la autoridad puede resultar reconfortante, pero no es lo mismo que la verdadera seguridad. Análogamente, conseguir un poco más de libertad puede resultar desconcertante, pero esa incomodidad momentánea no es peligrosa. Es fácil imaginar situaciones en las que podemos sacrificar libertad y seguridad al mismo tiempo: cuando nos implicamos en una relación donde existe maltrato, o cuando votamos a un fascista. Análogamente, no es demasiado difícil imaginar determinadas decisiones con las que ganamos libertad y seguridad a la vez, como por ejemplo poner fin a una relación donde existe maltrato o emigrar de un Estado fascista. La tarea de mejorar tanto las libertades como la seguridad le corresponde al Gobierno.

Indudablemente la palabra *extremismo* suena muy mal, y a menudo los gobiernos intentan que suene aún peor utilizando la palabra *terrorismo* en la misma frase. Pero esa palabra no tiene mucho significado. No existe ninguna doctrina denominada *extremismo*. Cuando los tiranos hablan de *extremistas*, solo quieren decir personas que no forman parte de la corriente mayoritaria —tal y como los tiranos definen esa corriente en un momento dado. A los disidentes del siglo xx, tanto si estaban en contra del fascismo o del comunismo, les calificaban de *extremistas*. Los regímenes autoritarios modernos, como Rusia, utilizan leyes sobre el *extremismo* para castigar a quienes critican sus políticas. De esa forma, el concepto de *extremismo* acaba significando prácticamente cualquier cosa salvo lo que es, en realidad, extremo: la tiranía.

18

Mantén la calma cuando ocurra lo impensable

La tiranía moderna es la gestión del terror. Cuando se produce un ataque terrorista, recuerda que los autoritarios se aprovechan de esos sucesos para consolidar su poder. El desastre repentino que exige poner fin a los frenos y contrapesos, la disolución de los partidos de oposición, la suspensión de la libertad de expresión, el derecho a un juicio justo, etcétera, es el truco más viejo del manual hitleriano. No te dejes engañar.

El incendio del Reichstag fue el momento en que el Gobierno de Hitler, que había llegado al poder básicamente por medios democráticos, se convirtió en el régimen nazi, amenazadoramente permanente. Es el arquetipo de la gestión del terror.

El 27 de febrero de 1933, a eso de las nueve de la noche, el edificio que albergaba el Parlamento alemán, el Reichstag, empezó a arder. ¿Quién provocó el incendio aquella noche en Berlín? No lo sabemos, y en realidad no importa demasiado. Lo que importa es que aquel espectacular acto terrorista puso en marcha la política de emergencia. Aquella noche, mientras contemplaba las llamas con satisfacción, Hitler dijo: «Este incendio es solo el principio». Tanto si fueron los nazis quienes provocaron el incendio como si no, Hitler vio su oportunidad política. «Ahora no habrá piedad. Quien se interponga en nuestro camino será abatido». Al día siguiente, un decreto suspendía los derechos básicos de todos los ciudadanos alemanes, lo que permitía que fueran «detenidos preventivamente» por la policía. En virtud de la afirmación de Hitler en el sentido de que el incendio era obra de los enemigos de Alemania, el partido nazi consiguió una victoria decisiva en las elecciones generales del 5 de marzo. La policía y las fuerzas paramilitares nazis empezaron a hacer redadas entre los miembros de los partidos de izquierdas y a encerrarlos en campos de concentración improvisados. El 23 de marzo, el nuevo Parlamento promulgó la Ley Habilitante, que permitía a Hitler gobernar por decreto. A partir de ese momento, Alemania permaneció en un estado de emergencia durante los doce años siguientes, hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Hitler había utilizado un atentado terrorista, un suceso de una relevancia intrínseca limitada, para implantar un régimen de terror que asesinó a millones de personas y cambió el mundo.

Los autoritarios de hoy son también gestores del terror, y en cualquier caso son bastante más creativos. Consideremos el caso del actual régimen ruso, tan admirado por el presidente de Estados Unidos. Vladímir Putin no solo llegó al poder a raíz de un incidente que se asemejaba asombrosamente al incendio del Reichstag, sino que después utilizó una serie de ataques terroristas —reales, dudosos y falsos— para eliminar los obstáculos del camino hacia el poder total en Rusia y para agredir a sus vecinos democráticos.

Cuando Putin fue nombrado primer ministro por un Borís Yeltsin con graves problemas de salud en agosto de 1999, era un desconocido con un ínfimo índice de popularidad. Durante el mes siguiente se produjo una serie de atentados con bomba contra varios edificios de ciudades rusas, aparentemente perpetrados por la policía secreta estatal de Rusia. Sus agentes fueron detenidos por sus propios compañeros con pruebas de su culpabilidad; en otro caso, el presidente del Parlamento ruso anunció una explosión unos días *antes* de que se produjera. A pesar de todo, Putin declaró una guerra de represalia contra la población musulmana de la región rusa de Chechenia, prometiendo perseguir a los supuestos perpetradores y «liquidarlos en la letrina».

La nación rusa se unió como una piña; los índices de popularidad de Putin se

dispararon; en marzo del año siguiente ganó las elecciones presidenciales. En 2002, después de que las fuerzas de seguridad de Rusia mataran a docenas de civiles rusos al poner fin a un ataque terrorista en un teatro de Moscú, Putin aprovechó la ocasión para hacerse con el control de las televisiones privadas. Tras el asedio de un colegio en Beslán por un grupo terrorista en 2004 (en unas extrañas circunstancias que apuntaban a una provocación), Putin eliminó el cargo de gobernador regional elegido democráticamente. El ascenso de Putin al poder y el hecho de que eliminara dos de las principales instituciones —la televisión privada y los gobernadores regionales democráticos— fueron posibles gracias a la utilización del terrorismo real, falso y dudoso.

Tras el regreso de Putin a la presidencia en 2012, Rusia introdujo la gestión del terror en su política exterior. Con motivo de su invasión de Ucrania en 2014, Rusia transformó varias unidades de su ejército regular en una fuerza terrorista, eliminando los distintivos de sus uniformes y negando cualquier responsabilidad por los terribles sufrimientos que infligieron sus tropas. En la campaña por el control de la región de Donbáss, al sureste de Ucrania, Rusia desplegó tropas irregulares chechenas y envió unidades de su ejército regular destinadas en regiones de mayoría musulmana para que se unieran a la invasión. Además, Rusia intentó (pero no logró) hackear las elecciones presidenciales de 2014 en Ucrania.

En abril de 2015, unos hackers rusos se hicieron con el control de las emisiones de una cadena de televisión francesa, simularon pertenecer a la organización islamista Daesh y a continuación emitieron material audiovisual concebido para aterrorizar a los franceses. Rusia se hizo pasar por un «cibercalifato» para que los franceses sintieran más terror del que ya sentían. Supuestamente su intención era empujar a los votantes hacia el partido Frente Nacional, de extrema derecha, que recibe apoyo económico de Rusia. Tras el atentado terrorista perpetrado en París en noviembre de 2015, que provocó 130 muertos y 368 heridos, el fundador de un *think tank* próximo al Kremlin se alegraba de que el terrorismo empujara a Europa hacia el fascismo y hacia Rusia. En otras palabras, el terrorismo islamista, falso y real, en Europa occidental se consideraba algo bueno para los intereses de Rusia.

A principios de 2016, Rusia creó un momento de terror falsificado en Alemania. Mientras bombardeaba a los civiles en Siria, provocando una oleada de refugiados musulmanes hacia Europa, Rusia se aprovechó de una tragedia familiar para informar a los alemanes de que los musulmanes eran violadores de niños. Al parecer, el objetivo era, una vez más, desestabilizar un sistema democrático y favorecer a los partidos de extrema derecha.

En septiembre del año anterior, el Gobierno alemán había anunciado que iba a acoger a medio millón de refugiados que habían huido de la guerra en Siria. Entonces Rusia inició una campaña de bombardeos en Siria con los civiles como objetivo. Después de aportar los refugiados, Rusia suministró la narración. En enero de 2016, los medios de comunicación de masas de Rusia difundieron la historia de una niña de

origen ruso en Alemania, que había desaparecido momentáneamente y había sido violada en serie por un grupo de inmigrantes musulmanes. Con una sospechosa presteza, las organizaciones de derechas de Alemania convocaron manifestaciones contra el Gobierno. Cuando la policía local informó a la población de que no se había producido violación alguna, los medios rusos acusaron de encubrimiento a las fuerzas del orden. Incluso los diplomáticos rusos se unieron al espectáculo.

Cuando el presidente de Estados Unidos y su asesor de seguridad nacional hablan de luchar contra el terrorismo al lado de Rusia, lo que están proponiéndole al pueblo estadounidense es la gestión del terror: la utilización de atentados terroristas reales, dudosos y simulados para acabar con la democracia. El resumen que hacían los rusos de la primera conversación telefónica entre el presidente de Estados Unidos y Vladímir Putin es revelador: ambos dirigentes «compartían la opinión de que es preciso unir fuerzas contra el enemigo número uno que tienen en común: el terrorismo y el extremismo internacionales».

Para los tiranos, la lección del incendio del Reichstag consiste en que un momento de commoción hace posible una eternidad de sumisión. Para nosotros, la lección consiste en que nuestro miedo y nuestra aflicción, por comprensibles que sean, no deben posibilitar la destrucción de nuestras instituciones. La valentía no significa no tener miedo, o no sentir pena. Significa reconocer de inmediato la gestión del terror y resistirse a ella, desde el momento mismo de un atentado, precisamente cuando resulta más difícil hacerlo. Tras el incendio del Reichstag, Hannah Arendt escribió: «Dejé de pensar que uno puede ser simplemente un observador».

19

Sé patriota

Da un buen ejemplo de lo que significa Estados Unidos a las generaciones venideras. Lo necesitarán.

¿QUÉ es el patriotismo? Empecemos por lo que no es. No es patriótico eludir el reclutamiento y burlarse de los héroes de guerra y de sus familias. No es patriótico discriminar en contra de los miembros en activo de las Fuerzas Armadas en las empresas de uno, ni tampoco hacer campaña para mantener alejados de los inmuebles de uno a los veteranos discapacitados. No es patriótico comparar la búsqueda de pareja para tener relaciones sexuales en Nueva York con el servicio de armas en Vietnam del que uno se ha escaqueado. No es patriótico evitar pagar impuestos, sobre todo cuando las familias estadounidenses de clase trabajadora sí los pagan. No es patriótico pedirle a esas familias estadounidenses trabajadoras que cumplen con el pago de sus impuestos, que financien la campaña electoral de un candidato en las elecciones presidenciales, para después gastar sus aportaciones en las empresas de ese candidato.

No es patriótico admirar a los dictadores extranjeros. No es patriótico cultivar una relación con Muamar el Gadafi; ni decir que Bashar el Assad y Vladímir Putin son unos líderes de primera. No es patriótico pedirle a Rusia que intervenga en las elecciones presidenciales de Estados Unidos. No es patriótico citar la propaganda rusa en los mítines. No es patriótico tener el mismo asesor que los oligarcas rusos. No es patriótico pedir consejos sobre política exterior a alguien que posee acciones de una compañía energética rusa. No es patriótico leer un discurso sobre política exterior escrito por una persona que está a sueldo de una compañía energética rusa. No es patriótico nombrar a un asesor de seguridad nacional que ha recibido dinero de un órgano de propaganda ruso. No es patriótico nombrar como secretario de Estado a un empresario petrolero con intereses económicos en Rusia, que es director de una empresa energética ruso-estadounidense y que ha recibido la «Orden de la Amistad» de manos de Putin.

La cuestión no es que Rusia y Estados Unidos tengan que ser enemigos. La cuestión es que el patriotismo implica estar al servicio de *tu propio país*.

El presidente es un nacionalista, que no es en absoluto lo mismo que un patriota. Un nacionalista nos anima a ser la peor versión de nosotros mismos, y después nos dice que somos los mejores. Un nacionalista, «aunque está permanentemente rumiando sobre el poder, la victoria, la derrota, la venganza», como dijo Orwell, tiende a «no sentir el mínimo interés por lo que ocurre en el mundo real». El nacionalismo es relativista, dado que la única verdad es el resentimiento que sentimos cuando contemplamos a los demás. Como decía el novelista Danilo Kiš, el nacionalismo «no tiene unos valores universales, ni estéticos ni éticos».

Por el contrario, un patriota quiere que la nación esté a la altura de sus ideales, lo que implica pedirnos que seamos la mejor versión de nosotros mismos. Un patriota debe estar preocupado por el mundo real, que es el único lugar donde su país puede ser querido y apoyado. Un patriota tiene unos valores universales, unos estándares con los que juzga a su nación, deseándole lo mejor —y deseando que las cosas le vayan aún mejor.

La democracia fracasó en Europa en las décadas de 1920, 1930 y 1940, y hoy en día está fracasando no solo en gran parte de Europa sino en muchos otros lugares del mundo. Esa historia y esa experiencia son las que nos revelan el sombrío espectro de nuestros posibles futuros. Un nacionalista dirá que «eso no puede ocurrir aquí», lo que equivale al primer paso hacia el desastre. Un patriota dice que eso podría ocurrir aquí, pero que lo impediremos.

20

Sé todo lo valiente que puedas

Si nadie está dispuesto a morir por la libertad, todos moriremos bajo la tiranía.

Epílogo

La historia y la libertad

En la tragedia de Shakespeare, *Hamlet*, el protagonista es un hombre virtuoso que se indigna con razón ante el abrupto ascenso de un gobernante malvado. Hamlet, atormentado por visiones, desbordado por las pesadillas, solo y marginado, siente que tiene que reconstruir su sentido del tiempo. «Los tiempos están dislocados —dice Hamlet—. ¡En mala hora nací para poder deshacer estos yerros!». No cabe duda de que nuestro tiempo está dislocado. Hemos olvidado la historia por una razón y, si no tenemos cuidado, la desatenderemos por otra. Tendremos que restablecer nuestro sentido del tiempo si queremos renovar nuestro compromiso con la libertad.

Hasta hace poco, nos habíamos convencido a nosotros mismos de que en el futuro no habría sino más de lo mismo. Los traumas aparentemente lejanos del fascismo, el nazismo y el comunismo parecían estar retrocediendo hasta volverse insignificantes. Nos permitimos el lujo de aceptar la *política de la inevitabilidad*, la sensación de que la historia solo podía avanzar en una dirección: hacia la democracia liberal. En 1989-1991, cuando tocó a su fin el comunismo en Europa oriental, nos tragamos el mito de un «final de la historia». Al hacerlo, bajamos las defensas, limitamos nuestra imaginación, y dejamos la puerta abierta justamente al tipo de regímenes que nos decíamos que no podrían volver jamás.

Y, por cierto, la política de la inevitabilidad parece a primera vista una especie de historia. Los políticos de lo inevitable no niegan que existe un pasado, un presente y un futuro. Incluso admiten la vistosa variedad del pasado lejano. Sin embargo, pintan el presente simplemente como un paso hacia un futuro que ya conocemos, un futuro de expansión de la globalización, de profundización de la razón y de una prosperidad cada vez mayor. Es lo que se denomina una teleología: una narración del tiempo que conduce a una meta cierta y a menudo deseable. El comunismo también ofrecía una teleología, ya que prometía una utopía socialista inevitable. Cuando esa historia quedó hecha añicos hace veinticinco años, nosotros sacamos una conclusión equivocada. En vez de rechazar las teleologías, nos imaginamos que nuestro propio cuento era verdad.

La política de la inevitabilidad es un coma intelectual autoinducido. Mientras existió una pugna entre los sistemas comunista y capitalista, y mientras siguió vivo el recuerdo del fascismo y el nazismo, tuvimos que prestar algo de atención a la historia y conservar los conceptos que nos permitían imaginar futuros alternativos. Sin embargo, una vez que aceptamos la política de la inevitabilidad, dimos por supuesto que la historia ya no era relevante. Si todo lo ocurrido en el pasado se rige por una tendencia conocida, no hay ninguna necesidad de enterarse de los detalles.

La aceptación de la inevitabilidad provocó que al hablar de política en el siglo xxi nuestro lenguaje se apartara de la realidad. Ahogaba el debate sobre las políticas y tendía a generar sistemas de partido donde un partido político defendía el *statu quo* mientras que otro planteaba una negación total. Aprendimos a decir que «no había alternativa» al orden básico de las cosas, una sensibilidad que el teórico político lituano Leonidas Donskis calificaba de «maldad líquida». Una vez que se dio por sentada la inevitabilidad, efectivamente la crítica resultaba complicada. Lo que parecía ser un análisis crítico a menudo presuponía que en realidad el *statu quo* no podía cambiar, y por consiguiente, de forma indirecta, lo reafirmaba.

Algunos hablaban críticamente de *neoliberalismo*, la sensación de que la idea del libre mercado de alguna manera había desplazado a todas las demás. Eso era bastante cierto, pero el mismo uso de la palabra muchas veces equivalía a rendir pleitesía a una hegemonía inmutable. Otros críticos hablaban de la necesidad de algún tipo de *disrupción*, tomando prestado un término del análisis de las innovaciones tecnológicas. Cuando se aplica a la política, una vez más adquiere la connotación de que en realidad nada puede cambiar, que el caos que nos entusiasma acabará siendo absorbido por un sistema autorregulado. El hombre que corre desnudo en medio de un campo de fútbol indudablemente perturba, pero no modifica las reglas del juego. El concepto mismo de *disrupción* es adolescente: presupone que después de que los jóvenes lo dejen todo hecho un asco, llegarán los adultos y lo limpiarán.

Pero aquí no hay adultos. Este desorden es nuestro.

La segunda modalidad antihistórica de considerar el pasado es la *política de la eternidad*. Al igual que la política de la inevitabilidad, la política de la eternidad lleva a cabo una mascarada de la historia, aunque diferente. Se ocupa del pasado, pero ensimismadamente, libre de cualquier preocupación real por los hechos. Su actitud es de añoranza de unos momentos pasados que realmente nunca existieron, durante unas épocas que, a decir verdad, fueron desastrosas. Los políticos de la eternidad nos presentan el pasado como un enorme patio brumoso, repleto de monumentos ilegibles a la condición de víctima de la nación, todos ellos igualmente distantes del presente, todos ellos igualmente susceptibles de manipulación. Cualquier referencia al pasado parece implicar un ataque de algún enemigo exterior contra la pureza de la nación.

Los populistas nacionales son políticos de la eternidad. Su punto de referencia favorito es la época en que las repúblicas democráticas parecían derrotadas y sus rivales nazi y soviético imparables: la década de 1930. Quienes abogaban por el Brexit, por la salida del Reino Unido de la Unión Europea, imaginaban un Estado-nación británico, pese a que nunca existió tal cosa. Hubo un Imperio británico, y después hubo una Gran Bretaña que formaba parte de la Unión Europea. La decisión de separarse de la Unión Europea no es un paso atrás para volver a un terreno firme, sino un salto a lo desconocido. Curiosamente, cuando los jueces dijeron que era

precisa una votación en el Parlamento para dar validez al Brexit, un periódico sensacionalista británico los calificó de «enemigos del pueblo» una expresión estalinista de la época de los juicios falsa de los años treinta. En Francia, el Frente Nacional insta a los votantes a decir no a Europa en nombre de un imaginario Estado-nación francés anterior a la guerra. Pero Francia, al igual que Gran Bretaña, nunca ha existido sin un imperio o sin un proyecto europeo. Y también los líderes de Rusia, de Polonia y de Hungría hacen gestos parecidos hacia una imagen gloriosa de la década de 1930.

En su campaña de 2016, el presidente estadounidense utilizó el eslogan «América primero», que es el nombre de un comité que pretendía impedir que Estados Unidos se enfrentara con la Alemania nazi. El asesor estratégico del presidente promete unas políticas que serán «igual de apasionantes que en los años treinta». ¿A qué momento se refiere el «de nuevo» del eslogan del presidente «Hagamos América grande de nuevo»? Una pista: es el mismo momento al que se refiere el «más» de «Nunca más». El propio presidente ha hablado de un cambio de régimen al estilo de la década de 1930 como solución a los problemas del presente: «¿Sabéis cómo se resuelve esto? Cuando la economía se hunda, cuando el país se vaya a la mierda más absoluta y todo sea un desastre». Lo que necesitamos, a su juicio, son «disturbios para volver a donde estábamos cuando éramos grandes».

En la política de la eternidad, la seducción de un pasado mitificado nos impide pensar en posibles futuros. La costumbre de hacer hincapié en la condición de víctimas embota el impulso de autocorrección. Dado que la nación se define por sus virtudes intrínsecas y no por su potencial de futuro, la política acaba convirtiéndose en una discusión sobre el bien y el mal en vez de en un debate sobre las posibles soluciones a los problemas reales. Dado que la crisis es permanente, la sensación de emergencia siempre está presente; hacer planes para el futuro parece imposible, y hasta desleal. ¿Cómo podemos siquiera hablar de reformas cuando el enemigo está permanentemente a las puertas?

Si la política de la inevitabilidad es como un coma, la política de la eternidad es como la hipnosis: nos quedamos mirando a la espiral del mito cíclico mientras da vueltas y vueltas hasta que caemos en trance —y entonces hacemos algo espeluznante porque alguien nos lo ordena.

El peligro al que nos enfrentamos ahora es el de una transición de la política de la inevitabilidad a la política de la eternidad, desde una república democrática ingenua y con imperfecciones a una especie de oligarquía fascista confusa y cínica. La política de la inevitabilidad es tremadamente vulnerable al tipo de shock que acaba de encajar. Cuando algo hace añicos el mito, cuando nuestro tiempo se disloca, nos lanzamos a buscar alguna otra forma de organizar lo que experimentamos. El camino de la mínima resistencia conduce directamente de la inevitabilidad a la eternidad. Si alguna vez creíste que al final todo sale bien, también va a ser fácil convencerte de que al final nada sale bien. Si antes no hacías nada porque pensabas que el progreso

es inevitable, ahora puedes seguir sin hacer nada porque piensas que el tiempo avanza en ciclos repetitivos.

Ambas posturas, la inevitabilidad y la eternidad, son antihistóricas. Lo único que las diferencia es la propia historia. La historia nos permite observar pautas y sacar conclusiones. Nos esboza las estructuras en cuyo seno podemos encontrar libertad. Pone de manifiesto una serie de momentos, cada uno de ellos diferente, ninguno de ellos enteramente irrepetible. Comprender un momento equivale a ver la posibilidad de participar en la creación de otro. La historia nos permite ser responsables: no de todo, pero sí de algo. El poeta polaco Czesław Miłosz pensaba que ese concepto de responsabilidad obra en contra de la soledad y la indiferencia. La historia nos brinda la compañía de quienes han hecho y han sufrido más que nosotros.

Al aceptar la política de la inevitabilidad, hemos criado a una generación sin historia. ¿Cómo reaccionarán esos jóvenes ahora que la promesa de inevitabilidad se ha roto de una forma tan flagrante? Puede que se deslicen desde la inevitabilidad hacia la eternidad. Cabe esperar que sean capaces, por el contrario, de convertirse en una generación histórica, que rechace las trampas de la inevitabilidad y la eternidad que les han tendido las generaciones anteriores. Una cosa es cierta: si los jóvenes no empiezan a hacer historia, los políticos de la eternidad y la inevitabilidad la destruirán. Y para hacer historia, los jóvenes tendrán que saber algo de ella. Esto no es el final, sino un comienzo.

«Los tiempos están dislocados. ¡En mala hora nací para poder deshacer estos yerros!», se lamenta Hamlet. Pero termina diciendo: «No, venid, vámonos juntos».





TIMOTHY SNYDER (18 de agosto de 1969, Ohio, EE. UU.) es titular de la cátedra Housum de Historia en la Universidad de Yale y es *fellow* permanente del Instituto de Ciencias Humanas de Viena. Se doctoró en Oxford y ha sido investigador en las universidades de París, Viena, Varsovia y Harvard. Sus libros anteriores recibieron destacados premios. Es autor de *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin* (2011), traducido a trece idiomas, que recibió doce premios, entre ellos el Premio Hannah Arendt de Pensamiento Político, el Premio Leipzig para la Comprensión Europea y el Premio Emerson de Humanidades de la Academia Americana de las Artes y las Letras. Ayudó a Tony Judt a escribir una historia temática de las ideas políticas y de los intelectuales en política, *Pensar el siglo XX* (2012). Sus artículos académicos han aparecido en revistas como *Past and Present* y *Journal of Cold War Studies*; también ha escrito en *The New York Review of Books*, *Foreign Affairs*, *The Times Literary Supplement*, *The Nation* y *The New Republic* así como en *The New York Times*, *The International Herald Tribune*, *The Wall Street Journal* y en otros periódicos. Es miembro del Comité de Conciencia del Memorial del Holocausto de Estados Unidos y del Consejo Asesor del Instituto Vivo de Investigaciones Judías. También han sido publicados los libros *El príncipe rojo. Las vidas secretas de un archiduque de Habsburgo* (2014) y *Tierra negra. El Holocausto como historia y como advertencia* (2015).

Notas

[¹] El autor se refiere a las elecciones al Parlamento de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR), la mayor de las repúblicas que formaban la Unión Soviética. (*N. del T.*) <<

[2] Traducción directa del checo por V. Martín Pindado y B. Gómez, *El poder de los sin poder y otros escritos*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2013. (N. del T.) <<

[3] La ciudadana de la localidad estadounidense de Montgomery que se negó a cederle su asiento a un joven blanco por el hecho de ser negra. (*N. del T.*) <<

[4] Traducción directa del checo por V. Martín Pindado y B. Gómez, *El poder de los sin poder y otros escritos*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2013. (N. del T.) <<